# *EL JUICIO*

## *ESCATOLÓGICO*

## *DE LOS HIJOS DE DIOS*

*Arcadio Sierra Díaz*

***El juicio escatológico de los hijos de Dios***

Copyright © 2023 por Arcadio Sierra Díaz
Bogotá D.C. - Colombia
Todos los derechos reservados por el autor.

Email: cristiasidia@gmail.com
URL canal de Youtube:
https://www,youtube.com/c/ArcadioSierraDiaz
URL página de autor en Amazon:
https://www.amazon.com/author/arcadiosierradiaz

## *CONTENIDO*

Nota preliminar, 5
1. **Los juicios establecidos por Dios**, 18
Juicio de los pecados del creyente, 19
Juicio de los santos ante el tribunal de Cristo, 22
Juicio de los impíos ante el trono blanco, 23
2. **Para vivir es necesario morir**, 27
La negación de sí mismo, 27
La importancia del alma frente al mundo, 31
3. **La auténtica identificación con Cristo**, 36
Amor al mundo frente al compromiso con Dios, 36
El costo del discipulado, 43
4. **Tiempo y justificación del juicio**, 50
Trasfondo histórico y espiritual, 50
Tiempo de resurrección y hora del juicio, 54
5. **El tribunal de Cristo**, 57
El juicio de los santos, 57
Las obras manifiestas en el tribunal, 66
Niveles de recompensas, 71

«*¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios*»

Santiago 4:4

# *NOTA PRELIMINAR*

Frente a nuestros estupefactos ojos, a la manera de un espantoso cataclismo, la humanidad entera se va hundiendo en una gigantesca, oscura y sucia arena movediza. Y lo peor es que, en todo el universo, tanto en la esfera espiritual como en la creación material, ninguna fuerza dispone del poder necesario para detener esta catástrofe. Respecto de esa tragedia, Dios nos ha estado abriendo los ojos, y nos está revelando una palpable realidad; significa que debemos creerle a Dios; y no solamente creerle, sino aferrarnos a su voluntad, a su segura protección. Lo sensato es creerle a Dios, y sumergirnos en el plan de salvación que nos está extendiendo. No hay otra forma de sortear y evadir la inminente catástrofe. No existe una alternativa diferente. Sólo en el Señor está el inagotable manantial de vida, de salvación, de verdad y de libertad.

Dios tiene su trono en los cielos. No obstante, en toda la historia de la cultura humana, Dios, por amor, se ha visto en la necesidad de realizar sus juicios entre los hombres. Desde la caída del hombre, y ya manifestado el pecado, el hombre terminó muerto espiritualmente, y fue desterrado del Edén; además, fue condenado a una muerte temporal; y le fue impuesto tanto trabajo como dolor, así como consecuencias penales que pasaron de Adán a la posteridad, y de esa manera a todos los hombres. Pero aun faltan serios juicios divinos, pues el pecado produjo una tragedia descomunal. Llegó, pues, la hora del

cumplimiento de acontecimientos sin precedentes.

El llamado es para que las gentes, o por lo menos los hijos de Dios, sin dilación procedan a realizar un giro hacia el Padre; pero no cualquier giro; es necesario que Dios derrame sobre nosotros un espíritu de humillación y arrepentimiento; pero hacerlo de manera inmediata. No seamos torpes. No hay tiempo que perder. Ahora mismo, a la postre, a nadie le sirve inclinarse por una ligera y engañosa simpatía religiosa o política; procurando la solución de los conflictos cósmicos mediante mecanismos que han fracasado en la historia, plagados de intrigas, de hipocresía, de violencia, de lagunas de sangre; todo generado por las ambiciones humanas. Eso es malgastar el tiempo, caminando por sendas equivocadas. Esa conducta queda para el mundo. La mayoría de las personas piensan que los problemas de una nación se arreglan en las manos de los chamanes y santeros; o por las vías electorales, fundando sus esperanzas en el líder político que les plantea mejores soluciones. Y la realidad es que nuestra generación ha llegado a un punto sin retorno. Los juicios escatológicos de Dios están a las puertas. Por desgracia, muchos siguen estimando que Dios es un mito; y en su locura, optan por creer en la aparición de ángeles y vírgenes portadores de bendiciones. No obstante, a pesar de la hora negra que se avecina, Dios jamás desampara a quienes le creen, le honran y le son fieles.

Es de suma importancia conocer y estar seguros de que todos los seres humanos, sea que se trate de hijos de Dios o no, seremos juzgados ante el tribunal de Dios. Y debemos dejar a un lado el cuento de que todos al morir nos vamos para el cielo, y allì estare-

mos para siempre en el reino de Dios. Otros se han dejado arrastrar por trampas diabólicas creyendo que sus existencias van a transcurrir en interminables episodios de consecutivas reencarnaciones, unas veces para peor, y otras para mejor; otros esperan ser trasladados a una especie de Nirvana, donde les espera deleites inimaginables y hasta harenes al estilo oriental. Pero la Palabra de Dios es clara y tajante al respecto. «*Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio,* [28]*así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan*» (He. 9.27,28).

Entonces, ¿cuál es la determinación correcta que podemos tomar ante la inminencia de la catástrofe que se avecina? Sólo hay un camino, y sólo uno; arrepentirnos, humillarnos y aferrarnos al Señor Jesucristo, y vivir por la fe del Hijo de Dios. No existe otra alternativa.

¡Cuidado! El conflicto entre el bien y el mal no se circunscribe a esta tierra y sus habitantes; el conflicto tiene raíces cósmicas, pues el pecado y todo ese desorden que conocemos y que hemos sufrido, tuvo inicio en el mundo espiritual, en las esferas celestiales; pero con tanta repercusión, que esa transcendencia ha alcanzado también el mundo físico, con repercusiones catastróficas. No crean que el pecado es tan banal. El pecado posee un poder destructor desastroso. No obstante, el mal será vencido por el bien; aunque esa victoria será alcanzada a un precio horroroso. Por esa causa se avecinan los juicios

pertinentes; ha llegado la hora de la intervención de Dios con el objetivo de ponerle fin a toda esta desgracia.

Estudien con atención el capítulo 2 de la carta de Pablo a los Romanos. Los juicios de Dios son justos y verdaderos; es decir, Dios nos juzga conforme la verdad, y no basados en conjeturas, ni tampoco según las nociones éticas de los hombres (cf. Ro. 2:2); la verdadera moralidad se basa en la verdad divina. Tengamos presente que la verdad divina es absoluta; no transige, y requiere perfección absoluta. Pero también los juicios de Dios son según la culpabilidad acumulada por cada uno (cf. Ro. 2:5). Es curioso, pero muchos pecados ya arrastran consigo sus propios juicios naturales. Entonces, Dios va a juzgar a cada ser humano según sus propias obras (cf. Ro. 2:6); eso significa que Dios pagará a cada uno según sus obras; conforme su propia realización, y no sólo según su conocimiento. Jamás te olvides de la ley de la siembra y la cosecha (cf. Ga. 6:7,8). Además, delante de Dios nadie goza de privilegios, pues sus juicios son sin acepción de personas (cf. Ro. 2:11), y se llevarán a cabo conociendo los secretos íntimos del corazón y sus motivaciones (cf. Ro. 2:16). Eso significa que los juicios del Señor tienen que ver tanto con la conducta visible como con el accionar furtivo de la gente. Hermanos, los juicios de Dios se ajustarán a la realidad, y jamás basados en la mera profesión religiosa de las personas (cf. Ro. 2:17-29).

Tened presente, hijos de los hombres, que Dios es el Juez de toda la tierra. A Él le asiste todo el derecho y la soberanía; pero lo particular es que Él

siempre hace lo justo; en todo tiempo obra y juzga con justicia. La justicia de Dios es fortalecida por su amor. El reino de Dios implica justicia; y toda injusticia de los hombres debe ser juzgada. Partamos del principio de que Dios es amor (cf. 1 Jn. 4:8); y en ese contexto, Dios ama la salvación de los seres humanos; Dios ama la santidad, ama la verdad, la justicia y la paz. De Dios se dice que «*Justicia y juicio son el cimiento de tu trono; misericordia y verdad van delante de tu rostro*» (Sal. 89:14). Entonces, sus juicios son conforme la verdad. En la isla de Patmos, el apóstol Juan escuchó una gran multitud en el cielo que alababa a Dios, y, entre otras cosas, expresaban: «*Porque sus juicios son verdaderos y justos*» (Ap. 19:2).

Entonces, las obras que haya realizado cada persona mientras estaba en este cuerpo, la colocarán en el justo lugar que le corresponde una vez haya sido juzgada, más allá de la presente existencia; lo que indica que las penas no serán uniformes ni fundamentadas en un estereotipo. Algunas personas, consciente o inconscientemente, van acumulando ira para el día de la ira (cf. Ro. 2:5).

A todos los hombres, incluidas las sociedades históricas que han caído en pecados aberrantes, Dios les ha dado tiempo para que se arrepientan. Tenemos el caso de ciudades perversas como Sodoma y Gomorra, en el Valle de Sidim, cuya maldad había rebozado los límites. Llegó la hora de que Dios actuara. Antes de tomar la decisión de exterminar estas ciudades, Dios visita a su amigo Abraham, y le comenta sobre el inminente fin de estas y otras ciudades; y le explica a su siervo qué lo

motiva a tomar esa determinación.

Dios no se mantiene con las brazos cruzados y ajeno a la suerte de los hombres, y las injusticias históricas, como algunos piensan. Hace alrededor de dos mil seiscientos años, de entre los deportados a Babilonia con ocasión de la invasión de Nabucodonosor al reino de Judá, Dios escogió a un joven llamado Daniel para revelarle sus secretos y arcanos relacionados con el futuro, no sólo de Israel, sino también de la humanidad entera. Entre otras cosas, le reveló el curso de la historia de las naciones hasta la segunda venida de Cristo a la tierra; y el profeta pudo contemplar con perplejidad, cómo desfilaban frente a sus ojos acontecimientos cósmicos de gran envergadura, y cómo surgían los grandes imperios mundiales, y sus respectivas caídas; comenzando por Babilonia, el imperio de mayor esplendor de la historia. Abastecida de agua por el caudaloso río Eúfrates, en su esplendor, Babilonia se consideraba inexpugnable, protegida por un poderoso ejército y unas infranqueables murallas. Pero Dios le había asignado un día específico para que sucumbiera. De ese día no pasó. Babilonia fue aplastada para siempre. Sus dioses no lo pudieron evitar.

Destrozado este brillante imperio, siguió una poderosa coalición entre los antiguos medos y persas, quienes a su vez sucumbieron por el velocísimo surgimiento y empuje bélico de los griegos. En ese momento Alejandro de Macedonia se consideró inexpugnable. Pero Dios había determinado un tiempo específico de existencia y poderío a cada imperio. Por último, surge el imperio más sanguinario que haya existido sobre la tierra, el romano.

Los hombres pueden pretender perpetuarse en el poder; a la manera de Adolf Hitler, quien llegó a proclamar que su proyecto político era erigir un imperio que duraría mil años. No obstante, cualquier conocedor de la revelación divina, pudo asistirle la certeza de que las pretensiones de este energúmeno individuo, de un momento a otro se las llevaría el viento; y todas las naciones constataron su trágico e irreversible final. Fuera de lo que revela la Palabra de Dios, todo lo demás son conjeturas, bravuconadas y manotadas de ahogado.

El caso es que se estima la importancia del final de las revelaciones a Daniel. En esas prodigiosas visiones, al profeta Daniel le fue mostrado un hecho cuyo cumplimiento ha de realizarse en estos tiempos de la pos-modernidad. La imagen del sueño de Nabucodonosor termina en dos piernas de hierro; es el Imperio Romano con sus dos capitales y sus dos emperadores simultáneos; pero esas piernas terminan cada una con su pie y sus cinco dedos; mas ya no con la fuerza y el poder de las piernas. ¿Qué significa eso? Que al final de los tiempos, diez de las antiguas provincias del Imperio Romano, cinco del ala oriental (Constantinopla) y cinco del ala occidental (Roma), ya constituidas como modernos países soberanos, harán una alianza a fin de entronizar al último emperador mundial, el anticristo (cf. Dn. 2:41-45; Ap. 17:12-13).

Antes de que finalmente sea restituida la rectitud y la justicia sobre la faz de la tierra, Satanás intensificará su carga de maldad entre las naciones, en especial contra Israel. Es decir, antes de que el reino de los cielos sea implantado en este mundo, Satanás

va a disfrutar de un breve período de cuarenta y dos meses para gobernarlas con abrumadora fiereza. Pero la particular es que en ese mismo contexto le fue revelado a Daniel el glorioso regreso del Señor Jesucristo desde los cielos, a fin de destruir y desmenuzar todos los reinos de este mundo, incluido el de la bestia, e instaurar su reino de justicia y paz sobre las naciones de la tierra.

Estas son revelaciones fundamentales que debemos conocer con claridad; y máxime cuando ha llegado la hora de su cumplimiento. A Daniel también le fue revelado, además de la manifestación del anticristo, otros acontecimientos finales, como la gran tribulación, sobre todo contra los que invocan el nombre del Señor Jesucristo; y contra Israel en particular. ¿Qué dice Daniel de la gran tribulación? Que «*será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces*» (Dn. 12:1). Eso significa que esa angustia superará los desastres y el derramamiento de sangre incluso de las dos guerras mundiales, incluyendo el holocausto en los campos de exterminio de Hitler.

En esos primitivos tiempos, el profeta no podría imaginarse la magnitud y la tecnología sofisticada del armamento bélico de exterminio masivo con que cuentan en esta hora las grandes potencias de la pos-modernidad. Asimismo le fue revelada a Daniel la consumación final de todas las cosas, como también las dos resurrecciones, la de los santos y la de los impíos.

Pero hay un asunto que quiero resaltar. Dios le reveló a Daniel señales tan esclarecedoras para entender que estamos viviendo los días finales, como

el aumento descomunal del conocimiento científico y de la tecnología; tan protuberante, que el común de los mortales no tenemos ni idea de todo lo que aun guardan en secreto los poderosos, aun más allá de la inteligencia artificial; ese mismo fenómeno tecnológico que hace temblar a muchos. También le fue mostrado el desarrollo sin precedentes de los medios de comunicación y de los transportes masivos y de extrema rapidez. El profeta vio lo que estamos viviendo ahora; cómo las gentes estarían viajando, corriendo y movilizándose desaforados de un lado para otro, muchas veces sin motivación alguna. Vemos por un lado, las oleadas de turistas; otros movilizándose para la guerra; otros huyendo de los estragos bélicos; otros, por la obligada trashumancia en la búsqueda de mejores condiciones de vida; otros, por el mercantilismo; otros huyendo despavoridos de los alocados regímenes autocráticos; en fin.

Por otro lado, en el trasfondo profético hay mucho que contar y analizar. Después de la muerte del rey Salomón, hijo de David y heredero de la primogenitura de Judá, diez tribus afectas a la primogenitura de Efraín, conspiraron en contra de Roboam, su sucesor en el trono de Israel. Los conspiradores no aceptaron las nuevas y pesadas cargas económicas y arrogantes medidas políticas del joven rey; de manera que esas tribus se separaron bajo el liderazgo de Jeroboam; y, por desgracia, se dividió Israel en dos reinos, la casa de Efraín, o reino del norte, y la casa de Judá, al sur. El asunto es que desde Jeroboam, su primer rey, hasta Oseas, el último, todos en el reino del norte hicieron lo malo delante de Dios. El Señor en forma permanente les enviaba sus profetas,

quienes les amonestaban que se arrepintieran; como respuesta, ellos decidieron voluntariamente apartarse de Dios, y la desgracia no tardo en aparecer; de tal manera que en el año 722 a.C. fue ejecutoriado el juicio anunciado. Las diez tribus del norte fueron llevadas en cautiverio por los asirios; y no regresaron jamás a su tierra, hasta después de la segunda guerra mundial, conforme les había prometido Dios por medio de sus profetas, que en los días finales de la historia los recogería de todos los rincones de la gentilidad.

¿Qué sucedió con el reino del sur? ¿Lograron salvarse de caer en la apostasía y la idolatría babilónica? ¿Lograron mantenerse exentos de cualquier juicio por el hecho de contar en Jerusalén con el templo construido por Salomón? Veamos la realidad de los acontecimientos. De los juicios de Dios no nos podemos librar confiando en que estemos abrigados a la sombra de determinada, antigua y ancestral religión. En el siglo VII a.C., en el reino del sur, la casa de Judá, era inminente una catástrofe nacional, debido a que también se habían apartado de Dios. En este caso, apartarse de Dios significa quedar en el desamparo. Dios los veía, desde el rey hasta los estratos sociales más humildes, cómo habían sido atrapados en las oscuras redes de una apostasía de grandes dimensiones; a tal punto de llegar a adorar a los dioses babilónicos, como la consabida reina del cielo. Habían perdido la fe y la confianza en el Dios que los había liberado de la esclavitud egipcia; y eso es mucho decir. Habían perdido su norte. Obraban como si jamás hubiesen conocido a Dios. No obstante, el Señor jamás se mostró indiferente ante esa

situación. Insistentemente les enviaba profetas, tales como Jeremías y Habacuc. Les conminaba a arrepentirse, a abandonar la locura en la que habían caído, antes de que les sobreviniese un juicio de enormes proporciones. La realidad histórica es que no se arrepintieron; el profeta Jeremías lloraba y derramaba su alma, contemplando la desgracia final de su nación, que con tanto dolor Dios le estaba mostrando; y el juicio no se hizo esperar. Ya sabemos lo que sucedió con la intervención del rey Nabucodonosor. Tan desastroso y lamentable fue todo eso, que hasta el hermoso templo construido por Salomón fue destruido y arrasado.

Los profetas de Dios son personas que ven y juzgan las cosas mucho mejor que la gente común, incluyendo gran cantidad de creyentes donde habita el Espíritu Santo. Detengámonos por un instante en el caso del profeta Habacuc. Una vez que se percata de toda esa podredumbre moral, el profeta procura sostener un diálogo con Dios. Y en todo eso ocurre algo curioso. El profeta, en vez de reprender a la sociedad, se enfrenta a Dios. Algunos opinan que Habacuc regaña a Dios, alegando que Dios permite que su pueblo se perpetúe en la injusticia, y se desborde la iniquidad en la sociedad de su tiempo, sin que el Señor mueva un dedo. ¿Es justo acusar a Dios de esa manera?

Mientras tanto, el problema continuaba ahí, candente; y no había solución a la vista. No obstante, Dios le revela al profeta sus determinaciones. Dios no voltea su rostro hacia otro lado. Dios no es ajeno frente a ninguna situación de la humanidad. Hay un juicio imprescindible para ese pueblo rebelde. Frente

a la apostasía del reino de Judá, Dios le declara al profeta Habacuc que, puesto que el pueblo no se arrepiente, comenzando por sus gobernantes y sacerdotes, en consecuencia, la tragedia tendrá indefectiblemente su cumplimiento. Dios le muestra al profeta Habacuc la espantosa situación de la nación. Lo llevó a las calles, no sólo las de Jerusalén, donde vio, al igual que Jeremías, cuando las familias se ocupaban de ofrecerle tortas a la reina del cielo; lo llevó a las plazas de mercado, a las sinagogas, al palacio de gobierno, a los funcionarios públicos, a las familias, a los comerciantes, a los lugares altos, a cada sitio donde el profeta pudiera ver la iniquidad, la violencia, la corrupción moral, la idolatría, el deterioro de las costumbres, la justicia torcida, el cohecho; las mujeres ofreciendo sus hijos a Moloc. El Señor le declara a Habacuc que el juicio para Judá era seguro.

«*Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella. Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará*» (Hab. 2:2-3).

En medio de todo este cuadro, la reflexión es que, antes de que Habacuc conociera las razones de Dios para determinar el juicio inminente, el profeta no concebía por qué Dios no impedía la injusticia y la iniquidad en toda la casa de Judá. Hoy escuchamos que, en los medios cristianos, muchos se formulan las mismas preguntas. Habacuc le preguntaba a Dios: «¿Por qué se le permite a la sociedad judía que las clases gobernantes opriman al débil?» Pero el profeta ignoraba que Dios había agotado su pacien-

cia, haciendo todo lo posible para que el pueblo se arrepintiese, comenzando por el rey. Dios le revela al inquieto profeta, diciéndole que «la invasión de los caldeos será su castigo». Ante esta respuesta, el profeta no puede entender que Dios usara los poderes de los incircuncisos para castigar a su pueblo.

Hoy escuchamos la inquietud de muchos creyentes. «La iglesia de Cristo se ha alejado de Dios; muchos no obedecen la Palabra de Dios; esto se ha convertido en una industria, etc.» Dios dice en su Palabra que todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo; que el juicio comienza por la casa de Dios; que no todos han de participar en las Bodas del Cordero. Pero el caso es que frente a esta realidad, la gente comienza a escandalizarse. No le creen ni a la Palabra ni a los profetas de Dios ¿Cómo puede ser eso? ¿Hará eso Dios con multitud de sus hijos? Pues, así está escrito.

1

# LOS JUICIOS ESTABLECIDOS POR DIOS

Una de los términos griegos usados en el Nuevo Testamento para transmitir la acepción de juicio, es *krisis*. En el drama del jardín del Edén, como consecuencia de la caída, al hombre le sobrevino una crisis; experimentó en su ser y en su vida un cambio demasiado brusco; en su misma conciencia se operó una mutación de consecuencias catastróficas. Hubo una ruptura entre Dios y el hombre, y fue afectada la sinergia entre el Creador y la criatura.

En medio de todo aquello, una vez detectado y descubierto el pecado, y examinado el asunto, sobrevino el juicio sobre los actores de aquel drama, la mujer, el hombre, la serpiente. Los juicios de Dios son necesarios y justos. Pero hay algo que debemos meditar y practicar con responsabilidad; y es que si cada uno de nosotros se examina a sí mismo, si cada uno juzga correctamente sus propias acciones, nos evitaríamos el juicio de Dios. «*Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados*» (1 Co. 11:31).

¿Qué significa eso? Que nos debemos realizar una sana introspección, un mirar con claridad la situación moral de nuestro corazón; examinar qué es lo que está produciendo nuestro corazón. Una vez

detectados, debemos confesar nuestros pecados, y pedirle al Señor que obre en nosotros un verdadero cambio en nuestra manera de pensar. Esto se logra cuando en verdad aceptamos con entera sinceridad que necesitamos una profunda renovación intelectual. Si nuestra mente es renovada, como consecuencia, nuestros sentimientos son santificados, así como nuestros hábitos y nuestra conducta moral.

El hombre no sólo se ha alienado de Dios, sino también de las fuerzas cósmicas, del orden intrínseco de la naturaleza, incluso de la sociedad y de sí mismo; y esto sigue causando perturbaciones que traen como consecuencia la destrucción de la tranquilidad entre los hombres.

Respecto de los juicios de Dios, ya en el plano de la obra redentora neotestamentaria, incluido su rechazo por gran parte de la humanidad que nos rodea, también en la Palabra encontramos la misma constante, y es que todos los juicios divinos respecto de la humanidad son fundamentados, no en la salvación eterna, sino en las obras de los hombres, en su conducta mientras estamos viviendo en esta tierra (cf. Ro. 2:6; Ap. 20:13).

Para el desarrollo del presente trabajo, podemos considerar que las Sagradas Escrituras revelan tres juicios principales dentro del marco de los eventos escatológicos.

## EL JUICIO DE LOS PECADOS DEL CREYENTE

El primer juicio es el de los pecados del creyente; los cometidos en el curso de su vida terrenal; aunque hay que considerar que toda persona nace con una

ley interior, una nefasta fuerza heredada, que se llama *pecado*. Bueno, si crees, hay buenas noticias para ti. Todos esos pecados le fueron impuestos al Señor Jesús en el monte Calvario. «*De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida*» (Jn. 5:24).

Este juicio se lleva a cabo en la misma persona de Cristo, quien cargó con nuestros pecados. El resultado de ese juicio es vida para el creyente. Yo era reo de muerte, pero el Señor Jesús pagó el precio de mi culpa, muriendo por mí. «*Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira*» (Ro. 5:9). «*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*» (2 Co. 5:21)

Es verdad que el Señor Jesús pagó todo el precio para darnos esa vida eterna; pero lo que a menudo se ignora, o no se tiene claro, es que, en primera instancia, esa vida eterna que recibimos sólo afectó al espíritu humano, cuando el Espíritu Santo vino a morar en el espíritu del creyente.

Contextualicemos un poco. Antes de la caída, el hombre gozaba de perfecta comunión con Dios. Cuando Adán pecó, se efectuó una ruptura entre Dios y el hombre; éste sufrió el impacto de una separación de Dios; esa separación es la primera muerte, la muerte espiritual; y el espíritu del hombre fue privado de la presencia, de la vida y de la comunión con Dios. Pero el caso es que, después de la caída, su alma y su cuerpo siguieron funcionando en la esfera del mundo físico, aunque ahora en un estadio de oscuridad espiritual y de total ignorancia

de su lamentable condición. La declaración del apóstol Pablo es contundente. «*Y él* (Cristo) *os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados*» (Ef. 2:1).

Para infortunio de la humanidad, Adán sufrió una transformación negativa tan profunda en lo más íntimo de su ser, que más que espiritual, su cambio afectó tanto a su alma como a su cuerpo; su mente se opacó, como si hubiera sufrido una degeneración genética (valga la redundancia), de tal magnitud, que toda la humanidad heredó esa muerte y esa degeneración; tanto es así, que todos los humanos nacimos muertos y en calidad de esclavos del pecado.

«*Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron*» (Ro. 5:12).

Bueno, frente a este lastimoso hecho, Dios había previsto un plan para salvarnos de esa muerte. Eso significa que el día que creímos en Cristo recibimos la vida eterna como un regalo de Dios, con base en la encarnación del Verbo de Dios y la obra expiatoria del Señor Jesús; pero lo preocupante es que el día que nacimos de nuevo, ese viejo hombre heredado de Adán continuó dentro de nosotros con todo su poder pecaminoso. Entonces, ¿cuál es la solución? La solución es fuerte y demasiado impopular. ¿Quién querrá cargar con alguna cruz? Pero la solución impone que debemos tomar nuestra propia cruz; pues a ese viejo hombre hay que vencerlo y sacarlo de nosotros, desvestirnos de él, y procurar que nuestra vida sea gobernada por Cristo; que Él sea formado en nosotros, y lleguemos a ser transforma-

dos en la imagen misma de Cristo.

Si en nosotros no se va desarrollando esa transformación interior, nuestra vida espiritual va a ser muy pobre y deficiente, de tal manera que tu falta de obediencia a la voluntad del Padre te va a acarrear dificultades con el Señor; y será seriamente afectada tu entrada al reino. Como consecuencia, cuando el Señor regrese en su segunda parusía, Él va a juzgar a la iglesia, no por su salvación, sino para que cada uno rinda cuentas de su conducta mientras estaba en este cuerpo terrenal.

### JUICIO DE LOS SANTOS EN EL TRIBUNAL DE CRISTO

El segundo juicio es el de los creyentes delante del tribunal de Cristo, escenario donde cada uno recibirá conforme su comportamiento terrenal, su testimonio de vida, y su obediencia a la voluntad de Dios. «*Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo*» (2 Co. 5:10). Ese es el tema central del presente opúsculo.

Todos los creyentes en Cristo, vencedores y no vencedores, tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo en su segunda venida, después de nuestra resurrección. ¿Por qué razón los cristianos debemos comparecer ante un tribunal que habrá de instalar nuestro Salvador en los días de su segunda venida? Es nuestra intención satisfacer estas inquietudes en las páginas de esta pequeña obra.

Bueno, quienes hayamos nacido de nuevo al creer, los que hayamos recibido el maravilloso poder

de ser hechos hijos de Dios, los que estábamos muertos y ahora gozamos de vida eterna, la vida misma de Dios, todos los que integramos la iglesia y el cuerpo de Cristo, todos, absolutamente todos, tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo, incluyendo indiscutibles vencedores como el apóstol Pablo.

Eso significa que tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo, ante quien seremos testigos y actores de primera línea del juicio más solemne de todos los juicios. Cuando el Señor regrese, después que haya destruido a todos sus enemigos, después que no haya quedado ningún vestigio de las grandes culturas y civilizaciones de la humanidad ni de los imperios que han sido en este mundo; después que al anticristo y al falso profeta los haya lanzado vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre, después de haber mandado a encadenar y confinar en prisiones abismales al mismo Satanás; eventos que nosotros veremos con nuestros propios y maravillados ojos, después de todo esto, el Señor volverá los ojos sobre nosotros, y antes de los festejos de las bodas del Cordero, procederá a sentarse en su tribunal majestuoso; y lo hará para juzgar las obras de la iglesia. Es necesario que esto ocurra a fin de ponerle orden a su casa; porque Cristo va a regresar a la tierra a poner las cosa en su justo lugar.

### JUICIO DE LOS IMPÍOS DELANTE DEL TRONO BLANCO

El tercer juicio es el de los incrédulos, cuyo escenario se dará delante de un gran trono blanco instalado por Dios para tal fin. También es llamado el juicio

final. Una vez finalizado el reino milenial del Señor Jesucristo, todos los impíos que se encuentren en el Hades, serán sacados de ese lugar de tormento para ser juzgados según sus obras. Se trata de un juicio para todos los condenados de toda la historia de la humanidad. Una vez juzgados uno por uno los incrédulos, veremos cómo irán siendo lanzados a un gigantesco lago que arde con fuego y azufre; esa es la muerte segunda.

«*Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él...y vi los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios*» (cf. Ap. 20:11-15).

Como podemos apreciar, el juicio ante el tribunal de Cristo es del todo diferente a otro juicio que ocurrirá una vez terminado el reinado milenial de Cristo; juicio que aparece descrito al final del libro de Apocalipsis. Es necesario reiterar hasta el cansancio que la Palabra de Dios nos revela que la existencia humana no termina con la muerte biológica; así como se descarta del todo la nefasta teoría de la reencarnación o metempsicosis; que es otra cosa que una doctrina religiosa y filosófica que sustentan varias escuelas esotéricas orientales, según la cual las almas transmigran después de la muerte a otros cuerpos más o menos perfectos, conforme a los merecimientos alcanzados en la existencia anterior. Esta falsa creencia echa por tierra la encarnación del Verbo de Dios, e invalida la obra expiatoria de Cristo en la cruz. Respecto de esto, la Palabra de Dios refuta de un tajo esta falacia, declarando: «*Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio,* [28]*así también Cristo fue ofrecido una sola vez para*

*llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan*» (He. 9:27,28).

Sin embargo, además de los tres anteriores, debemos considerar a *grosso modo*, otros jucios que menciona la Escritura, como son:

a. *El juicio de sí mismo*, por el cual el creyente mejora sus relaciones tanto con Dios como con los hombres. «*Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; [32]mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo*» (1 Co. 11:31,32).

b. *Juicio dentro de la iglesia*, a través de la disciplina de los creyentes descarriados (cf. 1 Co. 5:1-5).

c. *Juicio de los ángeles caídos*. Esa caída ocurrió en tiempos antes del diluvio universal. *«Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día*» (Judas 6).

Estos ángeles, en tiempos pre-diluvianos, se apartaron de la justicia cuando disfrutaban de una posición celestial ante Dios. ¿Qué les sucedió? Lo que dice la Palabra. «*Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, [2]que viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas*» (Gn. 6:1,2). Como consecuencia de ese comercio carnal entre ángeles e hijas de los hombres, los tales fueron expulsados del cielo, y confinados en prisiones oscuras, en las regiones más bajas del infra

mundo; es decir, el *Tártaro* (cf. 2 Pe. 2:4). En ese lugar estarán recluidos esperando su castigo postrero en el juicio final. Llegado ese momento estos ángeles serán arrojados, junto con Satanás, al lago de fuego (cf. Mt. 25:41: Ap. 20:7-15).

d. *Juicio de Satanás*. Después de mil años del regreso del Señor a la tierra, uno de los hechos más contundentes será la prisión de Satanás.

*«Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos*» (Ap. 20:10).

e. *Juicio de las naciones*, especialmente condicionado al trato proporcionado a Israel durante el período de gran tribulación, cuando serán escogidos los mortales que estarán poblando las naciones en toda la era del reino milenial (cf. Mt. 25:31-46).

2

# PARA VIVIR ES NECESARIO MORIR

## LA NEGACIÓN DE SÍ MISMO

Antes de entrar en materia respecto del juicio de los hijos de Dios delante del tribunal de Cristo, es necesario dilucidar acerca de los principios morales exigidos por el Señor en sus seguidores. Para ello tomamos el escenario cuando Cristo predice su muerte, su resurrección y su segunda venida en el capítulo 16 de Mateo.

«*Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame*» (Mt. 16:24).

Conforme este requerimiento del Señor, los hijos de Dios debemos ser transparentes; es necesario que proyectemos por fuera lo que somos por dentro; pero para ello debe ocurrir una transformación en nuestro corazón. Dios quiere, necesita, nos insta, nos ordena, que dejemos de ser lo que antes éramos. Eso significa que para seguir a Cristo y hacer la voluntad de Dios, debemos vivir una nueva vida, una nueva moral, y vivirla para Dios. «*Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos*» (2 Co. 5:15).

Antes de esta declaración a sus discípulos, en el

contexto de Mateo 16, el Señor había estado mostrando su inminente camino hacia el monte Calvario. Era absolutamente necesario experimentar la muerte vicaria a fin de poder generar vida. El Señor se percató de que, ante esas declaraciones, sus discípulos se escandalizaron. Para ellos, hasta ese momento de revelación, era inconcebible que eso sucediera. ¿Qué actitud tomó el Señor? Ahora les dice claramente cuál es la senda correcta, la necesaria para satisfacer los requisitos de un auténtico discipulado cristiano. «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo*».

Si continuamos prolongando en nosotros nuestra convivencia con los rezagos del antiguo estado de muerte, no podremos ser aptos para dar frutos de vida. Sí; es legítimo que cualquiera de nosotros tenga sus propios deseos y aspiraciones humanas; es de humanos pensar en el confort personal y de su familia, fijar los ojos en la grandeza, en la prosperidad económica. Incluso, algunos hijos de Dios ven con buenos ojos el adquirir poder político. Maravilloso; pero en el fondo esas cosas pertenecen a una forma de vida pasada a la cual ya hemos debido haber renunciado. En un hijo de Dios esas cosas pueden retrasar el avance, por no mencionar que pueden impedir realizar los propósitos de Dios para con nosotros; nuestras propias ambiciones pueden convertirse en obstáculos para perfeccionar el discipulado cristiano que Dios necesita.

Toda esa nuerva manera de pensar se llama arrepentimiento. El arrepentimiento es el primer paso en la transformación de alma humana. El arrepentimiento tiene la virtud de abrir la puerta de la gloria.

Con el arrepentimiento, el alma sufre un cambio en su carácter.

Además, tenemos frente a nosotros el impopular asunto de la cruz personal. Jesús nos pide cargar nuestra propia cruz. Porque el Señor pagó un precio en su cruz para darnos vida eterna, pero nosotros, los hijos de Dios, debemos tomar nuestra propia cruz y estar dispuestos aun a morir por la causa del Señor, y procurar negarnos a nosotros mismos, a fin de poder andar con Cristo en santidad, y edificarnos conforme el propósito del Señor. *«Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame*» (Mt. 16:24). En la iglesia se debe enfatizar la predicación de la cruz; lo que en ocasiones se convierte en un escándalo; sobre todo en los círculos intelectuales y eruditos. A multitud de creyentes en el mundo y en la historia les parece extravagante la sola idea de tener que cargar con nuestra propia cruz. «¿Acaso el Señor Jesucristo no la cargó por nosotros y murió en ella en el Monte Calvario?», alegan. Pero eso es lo que nos dice el Señor; y no sólo en este texto; además, las cruz del Señor y nuestra propia cruz cumplen objetivos diferentes..

La cruz es el instrumento de muerte de nuestro yo. Observamos que en la cultura romana, el condenado a muerte en la cruz, debía cargar su propio instrumento de destrucción, y llevarlo al lugar de la crucifixión; y eso frente al escarnio de toda la sociedad. En el caso de los hijos de Dios, el reo de muerte es nuestro propio yo; nuestro perverso hombre viejo; pero ese hombre viejo se niega a llevar su cruz; la rehúsa. Debemos tener en cuenta que nuestro

discipulado es algo difícil; algo que nos puede causar enormes sufrimientos, tal como el horrible sufrimiento en la cruz física. El auténtico discípulo de Cristo no oculta su lealtad al Señor, así como el condenado cargaba su propia cruz en todo el trayecto; no la podía ocultar. Hay muchos creyentes sin cruz; pero un creyente sin cruz, ¿podrá llegar a morir a su propio egoísmo? ¿Podrá llegar a desprenderse de sus antiguas mañas, codicia e injusticia?

Una mente dedicada a Dios, tiene la virtud de abastecer el medio para transformar nuestras vidas. Por creación, en nuestro corazón existe una voluntad libre que el Señor respeta; pero a veces esa voluntad es tan perversa, que en gran medida suele retrasar, o estancar, el objetivo de la total perfección de los redimidos.

Existe un principio filosófico que a la mente humana puede parecerle paradójico e insensato; pero que a la luz de la verdad de Dios es incuestionable y correcto; es el principio de que es necesario «*morir para vivir*». Por otro lado, también es evidente que la filosofía del pensamiento humano avanza en un claro contrasentido con el pensamiento de Dios. Están muy lejos el uno con el otro. ¿Por que? Porque el hombre se afana por buscar la felicidad en riquezas y logros materiales, además de gozos y vanidades en este mundo; y en esa afanosa y codiciosa búsqueda, pierde la paz, se fatiga, se le deteriora la salud, sufre decepciones; incluso comete delitos, y hasta llega a perder la libertad. No obstante, luego de encontrarse en condiciones desastrosas, se ve dispuesto a dar mucho de lo que ha logrado acumular, a fin de lograr la paz, la libertad, la salud; y sobre todo daría todas

sus pertenencias a fin de conservar la vida, al ver que su defunción toca a sus puertas.

Pero el caso es que la existencia no se circunscribe a este tiempo terrenal. Lamento decepcionar a los que piensan de otra manera. Nos aguarda una existencia espiritual que se prolonga por toda la eternidad; y lo particular es que el destino y la posición que nos aguarda a cada uno en esa existencia eterna, la labramos desde esta vida terrenal, conforme lo que ahora estamos haciendo con nuestro diario vivir en este cuerpo. Eso significa que el lugar o la esfera a donde iremos a parar después de cruzar el umbral de la muerte, depende de las decisiones que tomemos ahora. Claro, los creyentes tenemos la ventaja de que nos podemos basar en la revelación que ahora estamos recibiendo de Dios. Y eso es un privilegio que no tienen los demás. Recuerda que la Palabra de Dios es la brújula más segura y confiable.

## LA IMPORTANCIA DEL ALMA FRENTE AL MUNDO

«*Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?*» (Mt. 16:25,26).

Cada ser humano se distingue por tener su propia personalidad, en la cual hay una vida almática; es el yo; y ese ego se manifiesta tan fuerte y soberano, que muchos admiran; y no faltan quienes procuran que muchos los admiren, y hasta se admiran a sí

mismos, e incluso se ufanan hasta de sus excentricidades e incongruencias. Esa clase de vida es la del alma (gr. *psique*); esa vida que entre la humanidad es considerada deseable; y a la cual la gente se aferra con demasiado ahínco. No obstante, «*todo el que quiera salvar su vida, la perderá*». Con esa declaración del Señor Jesús, Él enfatiza que el verdadero objetivo de esta vida, conforme lo ha determinado Dios, no es necesariamente la adquisición de posesiones materiales, acumular éxitos superfluos, afanarse por capitalizar la admiración de los demás, o de llegar a realizar y culminar determinadas metas relacionadas con esta vida terrenal, en el supuesto criterio de que por medio de esos logros y realizaciones se pueda llegar a ser felices. No obstante, esa clase de felicidad es tan fugaz como la vida de una flor.

Aunque se considere lo contrario, cada ser humano ha sido puesto por Dios como habitante e integrante de la sociedad de esta tierra, a fin de que cumpla determinado y particular propósito en los planes de Dios; y este objetivo se refiere en especial a cada uno de los escogidos por Dios a fin de que llegasen a ser sus hijos. Pero el caso es que el objetivo de nuestra existencia no termina el día que nos toque abandonar este cuerpo mortal. Pasado un tiempo de desnudez corporal en el Paraíso, aun tenemos mucho que cumplir en el más allá, después de este corto período de vida física. Nuestro destino en Cristo es llegar a ocupar una posición más elevada que la de los ángeles. Además, dado que cada alma posee su propia personalidad e individualidad, pues, entonces, cada alma tiene un valor absoluto.

Por otro lado, el Señor nos manda que seamos sus discípulos, y que vayamos por el mundo preparando a otros para el discipulado. Que no nos contentemos con sólo llevar el mensaje de salvación; sino que esas personas deben ser discipuladas y comprometidas con el plan eterno de Dios. El plan eterno de Dios es más ambicioso de lo que nos imaginamos. Pero el discipulado genuino requiere una total dedicación al Señor y una renuncia de lo terrenal. Tengamos siempre presente que la verdadera vida, esa existencia más allá del umbral de la muerte, es más que la mera supervivencia personal; pero no se nos olvide que esta vida terrenal determina el estado eterno en la existencia que se prolonga en el futuro. Amerita que este asunto sea reiterado una y otra vez.

De modo que, conforme la revelación divina, hay que procurar perder esa vida del «yo» comprometido con el mundo; y sobre todo tener conciencia de que debemos perderla por causa de Cristo. Este paso, desde ya nos garantiza la continuidad de nuestro trabajo para el Señor una vez Él regrese; y nos garantiza la participación permanente del reino y de la gloria venidera. Si tú pierdes ahora algo por causa del Señor, cualquier cosa que estimes demasiado, cualquier situación a la que le hayas entregado tu corazón, eso mismo lo encontrarás cuando te presentes delante de Dios, pero supremamente perfeccionado.

Hermano, ten presente que la inmortalidad involucra más que una vida sin fin. La expresión «vida eterna» otorga incorruptibilidad a quien la recibe, pero además implica recibir gloria y honra. Es verdad que somos llevados de gloria en gloria; pero la gloria

de Dios hay que buscarla con perseverancia y empeño.

Para nosotros los creyentes, la vida eterna guarda íntima relación con el reino de los cielos. El reino de los cielos es tan importante, que el Señor lo compara con un tesoro escondido y con una perla de gran precio, tanto que para adquirirlo es necesario vender todas nuestras propiedades, sacarlas de nuestros corazones; deshacernos de todos nuestro más preciados privilegios y posiciones, de todo lo que es valioso para nosotros, a fin de reunir en nuestro corazón el precio de su adquisición.

Medita lo siguiente. A lo largo y ancho de la tierra no hay riqueza lo suficientemente grande que una persona pueda atesorar a fin de adquirir la vida eterna; por esa causa Dios mismo había concebido el plan de descender del cielo a pagar el precio. Pero además de la vida eterna, cuyo precio ya pagó el Señor por nosotros, para todo aquel que crea, también está el reino de los cielos, por el cual sí hay que pagar un precio; hay una renuncia que decidir, hay una cruz que llevar, y una voluntad divina que cumplir. Cargamos con la manía de estar pensando que nuestra conducta es intachable, que todo lo realizamos bien. Entonces, ¿cuántos de nosotros habremos renunciado a todas las cosas a cambio de la búsqueda del reino celestial?

¿Deseas vivir eternamente en la comunión con Dios? Eso debes decidirlo mientras estás viviendo aquí en el ambiente terrenal. Si ya eres un hijo de Dios, ¿deseas ser incorporado en el reino milenial con Cristo, y participar en el gobierno de las naciones durante esos mil años? Aquí puedes decidir pagar el

precio, haciendo la voluntad de Dios; y eso requiere consagración y santidad; requiere que mueras a tu propio protagonismo y ambiciones; requiere ser sensible a la dirección del Espíritu Santo. Bueno, si el reino de los cielos ya está incorporado en tu corazón, ya es parte de tu existencia, ya estás rigiendo tu vida por los principios de la voluntad de Dios, esa realidad significa que tú ya haces parte del reino de los cielos. «*Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro*...» (Mt. 13:44).

3

# LA AUTÉNTICA IDENTIFICACIÓN CON CRISTO

## AMOR AL MUNDO ANTE EL COMPROMISO CON DIOS

«*No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.* [16]*Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo*» (1 Jn. 2:15-16).

Nuestra naturaleza carnal nos encamina a desear y amar todo lo atractivo de este mundo; pero ahora, en nuestra condición de redimidos, el Señor nos ordena no amar al mundo ni a las cosas que están en el mundo. Pero, dirán algunos, ¿acaso no estamos en el mundo? No nos equivoquemos; tenemos la revelación de Dios para comprender que aquí, mundo (gr. *cosmos*) significa el presente orden de la existencia humana; ese mismo orden que está bajo el poder de las tinieblas, ese mismo orden que es hostil a Dios (cf. Jn 8:23; 12:31; 1 Jn 5:19).

Por definición, el mundo posee su propia forma y perspectiva de interpretar y expresar las cosas; pero el reino de los cielos tiene una forma diferente de definir y expresar la misma realidad. El mundo tiene su propia forma de ejercer autoridad y gobierno, muy

diferente de el del reino de los cielos. Y lo curioso es que muchas corrientes religiosas de orientación cristiana y pseudo-cristiana, en determinados puntos no se diferencian del mundo.

En nuestra vida cristiana solemos cometer la torpeza de deslizarnos hasta llegar a hacer de este mundo objeto de nuestra atracción y de nuestros deseos. El apóstol Pablo nos hace recordar que hemos resucitado con Cristo, con quien nos identificamos, o debemos identificarnos. «*Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.* [2]*Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra*» (Col. 3:1,2). Nacemos muertos en el espíritu, pero al creer recibimos la vida de Dios en Cristo; eso significa que en nosotros opera la resurrección de una parte de nuestro ser, el espíritu; es decir, comienza nuestra resurrección, esa misma que ha de tener culminación el día que Jesús regrese, y nuestro cuerpo, o lo que haya quedado de él, sea transformado en un cuerpo glorioso.

*«¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?* [2]*En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?*» (Ro. 6:1,2). Todo pecado se origina en el corazón; sobre todo en un corazón asociado con el mundo. Si estamos identificados con Cristo en su muerte y en su resurrección, significa que Dios intervino en tu vida a través de Cristo. Y en ese estadio de vida, es imposible simultáneamente contemplar y amar a Dios, y a la vez amar y admirar al mundo. Esa asociación es imposible.

Cuando en este contexto se menciona al mundo, de ninguna manera se refiere al mundo físico, a la esplendorosa naturaleza, a la belleza y el orden general de la creación. Para nada. Se refiere a la humanidad perdida; esa que se corrompió en un laberinto de vicios, blasfemias, vanidades, en medio de la rebelión cósmica contra Dios. Ya todos podemos identificarla; esa cultura perdida en medio de la cual nos ha tocado convivir; la que, al igual que en la perversa cultura de Sodoma, es la sociedad de la pos-modernidad que tiende a considerar como bueno y correcto aquello que se está pudriendo; que se debate en medio de una gusanera.

Tratando el tema de las concupiscencias, digamos que indican deseos de cualquier tipo, pero con la connotación intensiva de ansiar, de anhelar, de desear ardientemente; dominado el sujeto por una atracción irresistible, si lo podemos catalogar así.

Las concupiscencias carnales se identifican con las inmoralidades, las perversiones, la degeneración de las costumbres. A pesar de que el cuerpo tiene un funcionamiento orgánico animal, en ese cuerpo reside un espíritu y un alma eternos. Pues es bueno que no se nos escape que los hombres somos seres espirituales por creación.

Las *concupiscencias de los ojos* encierran las innumerables tentaciones que provienen y penetran mediante la vista; la contemplación de las ventajas de este mundo, las riquezas, la fama, los placeres, etc. La visión es puerta de deseos ilícitos. Esta faceta de las concupiscencias de los ojos es comprometedor, pues encierra la exagerada preocupación por la apariencia personal, la exhibición, la posición social,

el amor a lo grotesco, en fin. Además, el ojo se detiene a observar lo que le agrada a la carne, y lleva a la mente a codiciar lo observado. «*Nunca se sacia el ojo de ver, ni el oído de oír*» (Ecl. 1:8).

El *orgullo de la vida*, es todo eso que convierte al hombre es un ser egoísta, amador de sí mismo, cuando el «yo» se convierte en su propio dios y su propio señor. Esa persona busca su propia glorificación entre los hombres. Cuando la persona procura y fomenta su propia glorificación, eso obedece a que su naturaleza es fanfarrona, mentirosa y jactanciosa. Hay personas que no pueden tolerar que no los alaben; ser el centro de los aplausos. Abundan formas extravagantes de ostentación; impropiedades en las vestimentas, el cuerpo sobrecargado de alhajas de oro y piedras preciosas, el forrar la piel de tatuajes y de cirugías plásticas; otros se dedican a coleccionar carruajes lujosos; otros en gastar la vida tras amores furtivos; qué sé yo. Pero todo eso es tan pasajero y volátil como la vida de las flores.

«*Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre*» (1 Jn. 2:17).

El mundo pasa como la suave brisa veranera; toda esta locura queda atrás para siempre; no sólo para aquel que lo abandona, sea para el que es rescatado para Cristo, o que abandone este mundo al pasar por el umbral de la muerte; sino que todo lo relacionado con la cultura de pecado y perdición va a pasar en forma integral. De eso no lo dudes. No quedará ni vestigio de esta era de perversidad. Entonces, nuestra preocupación inmediata debe ser nuestra

transformación a la imagen de Cristo. Nosotros no pertenecemos a este hábitat; por el momento nos retiene este cuerpo mortal. No obstante, si hacemos la voluntad del Padre, eso nos da la seguridad de que cuando regrese el Señor, con Él permaneceremos para siempre. Nadie nos podrá arrancar de su comunión y compañía. Sólo nuestra conducta actual puede hacer modificar el lugar donde nos vaya a tocar ir a parar; por lo menos temporalmente; y eso nos puede perjudicar.

Los hijos de Dios sabemos que este mundo al que se refiere la cita bíblica, va a pasar; pero todo aquel que quiera permanecer para siempre en la comunión íntima con Dios, debe tomar la valiente decisión de cumplir la voluntad de Dios. Esa debe ser nuestra ocupación mientras estamos viviendo en esta tierra; ocuparnos de las cosas eternas. No hacerlo así, aunque seamos hijos de Dios, nos puede traer amargos dolores de cabeza.

En definitiva, existe un profundo abismo entre el bien y el mal; la brecha es grande entre lo espiritual y lo carnal, entre lo celestial y lo terrenal. Los hijos de Dios pertenecemos al ámbito celestial. Nuestra conducta moral será la evidencia de que hemos optado por Dios o por el mundo. No podemos vivir sin haber escogido, consciente o inconscientemente, a quién servir y amar. Un hijo de Dios tiene frente a sí las opciones por las que decidirse a amar, servir e identificarse; a Dios, a Satanás, al mundo, a las riquezas, a los placeres, al Estado, a un partido político, a la verdad, a la mentira, a la belleza, a sus propios deseos inferiores. Pero ahora que somos

hijos de Dios, que somos ciudadanos del cielo, sabemos que debemos decidirnos; que debemos experimentar un cambio de posición, y reafirmarnos cada día con mayor intensidad de convicción.

Millones de santos de Dios se han acostumbrado a vivir conducidos por la inercia de una cultura religiosa, en medio de una estructura nominal, donde las obligaciones y compromisos morales ahogan y se hacen opresivos. Debes pedirle al Señor que te ayude a liberarte de eso. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en Él; es decir, no ama a Dios. Es imposible amar a Dios y al mundo de manera simultánea. Existe un antagonismo irreconciliable en esos dos extremos, y el alma carece de la suficiente capacidad como para afrontar con éxito semejante contradicción. Además, es imposible la coexistencia entre la luz y las tinieblas. No obstante, la verdad de Dios que penetre en tu corazón, te va a liberar.

Nuestra mente, que tiene su asiento en el alma, debe pasar por un proceso de purificación; el intelecto debe sufrir una intensa renovación. Renovado el intelecto, lo que se viene es una metamorfosis en las costumbres, una rígida transformación moral que requiere pasar por varias etapas de madurez. Que nuestro entendimiento sea renovado, conlleva una decisión de tu parte. Dios desea que tú decidas invitarlo a que Él, por su Espíritu, te renueve tu entendimiento, pero contigo. Es un proceso conjunto y constante, mancomunado.

No olvidemos que nuestra mente también involucra nuestros sentimientos y el poder de tomar deci-

siones; o sea, nuestra voluntad. Mientras la mente no sea renovada, nos podrán repetir mil veces que no amemos al mundo, que nos decidamos por amar y obedecer a Dios, pero sin efecto alguno en nosotros. Si nuestra mente no ha sido renovada, es imposible que lleguemos a comprender que hacer la voluntad de Dios en nosotros es lo que nos conviene. «*Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.* [2]*No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*» (Ro. 12:1,2).

Es esencial que el amor de Dios invada nuestro ser; si eso ocurre, haciéndose parte de nuestro ser íntimo, desarraigará de nuestras vidas el amor por el mundo y sus diversas atracciones. «*Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios.* [8]*El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor*» (1 Jn. 4:7,8).

Cuando el Señor Jesús reina y controla nuestro ser, endereza nuestros pasos, como consecuencia experimentamos que el Señor nos va liberando, incluso de toda desorientación y tergiversación doctrinal y dogmática que conducen las religiones, sus torcidas liturgias y supersticiones.

Tengamos presente que es necesario que en todo hijo de Dios se debe formar la imagen de Cristo, y que el amor de Dios es fruto del Espíritu, de la morada de Dios en nosotros. «*Mas el fruto del*

*Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, [23]mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley*» (Ga. 5:22,23).

Pero el asunto más importante es que con Cristo tenemos la misma clase de vida que tiene Dios; una vida superior a la de los ángeles. Los poseedores de esta clase de vida, permanecerán para siempre; y lo particular es que los poseedores de esa clase única de vida, han de participar de la especie de eternidad que tiene el mismo Dios Padre.

Como lo hemos expresado repetidamente, nosotros, los humanos somos seres espirituales que en este tierra estamos limitados por este cuerpo mortal. Ahora nos encontramos confinados y apresados en una esfera temporal. Pero son días de preparación, de conocimiento y salvación. Pero Cristo, siendo eterno, se hizo temporal a fin de que nosotros nos hiciésemos eternos.

## EL COSTO DEL DISCIPULADO

Ya hemos hablado del precio que debemos pagar a fin de lograr una vida espiritual victoriosa; y, obvio, este precio no se relaciona con el dinero. Este es un tópico demasiado impopular, incomprendido y hasta rechazado en los círculos cristianos académicos. Pero es fundamental para entender el desarrollo espiritual de los hijos de Dios. Cristo tuvo que pagar un precio altísimo; y nosotros no somos la excepción, aunque se crea lo contrario. Hablemos un poco del costo del discipulado, tomando como referencia el contexto de la conversación entre un joven rico y el

Señor Jesús, que tomamos en Mateo 19:16-22.

«*Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?*»

Nota que el joven rico se dirije al Señor Jesús, tratándole de *Maestro bueno*. Sobre esto, digamos que la bondad no se basa en una serie de acciones bien intencionadas de una persona, sino en la persona de Dios, quien ahora mora en el corazón de los hijos de Dios por su Espíritu. Sólo Dios es bueno. La Palabra de Dios declara que «*no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno*» (Ro. 3:12), donde el apóstol Pablo está citando al Salmo 53:1-2. A veces uno suele inclinarse más por la realidad visual de las acciones buenas, que por la bondad intrínseca del ser de Dios en nosotros. Si hay algo bueno en nosotros, es Cristo en nosotros. No nos equivoquemos en esto. Muchas veces enfatizamos la tendencia a realizar obras sociales; es decir, acciones encaminadas a mejorar la vida de los demás miembros de la raza humana. Es posible que obremos así a fin de exteriorizar exigencias externas de una bondad y justicia que puede ser artificial; que en verdad caracterizan el reino de los cielos.

En cuanto a la pregunta que le plantea el joven rico al Señor, «*¿qué bien haré para tener la vida eterna?*», digamos que está formulada bajo los parámetros de la cultura religiosa judía; y en esa misma tónica, el Señor le respondió: «*Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos*». Por el contexto de la conversación, es posible deducir que este personaje no sólo se tratase de un erudito de las Escrituras, sino que también fuese maestro entre su

pueblo.

Decirle a un judío ortodoxo que guarde los mandamientos a fin de que pueda entrar en la vida eterna, tiene en sí sus complicaciones. Por esa razón, la conversación continúa aun en esa línea legalista. «(El rico) *le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio.* [19]*Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo*». (vv. 18,19). Hasta aquí el Señor usó un lenguaje comprensible para este joven rico. *«El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?* [21]*Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme.* [22]*Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones*» (vv. 20-22).

El Señor intuyó que este joven rico tenía un dios en su vida, que necesariamente no era el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; de manera que este joven debía renunciar a ese dios, sacrificando sus riquezas terrenales; salir de ellas a como dé lugar. Por el contexto, observamos que el dinero poseía a este joven rico; eso significa que él no poseía al dinero. Este joven era siervo del dinero, tal como millones de personas lo son hoy en día. Algunos opinan que el sacrificio de las riquezas sólo se aplica a los perfectos. Pero desprender del corazón las cosas materiales, es lo que tiene la virtud de perfeccionar a la persona.

El Señor, en su ministerio terrenal, no tuvo ni una sola piedra donde recostar su cabeza; no era su

objetivo. Hay riquezas más importantes que atesorar cosas. De todas maneras, la obediencia perfecta incluye el sacrificio de los propios bienes materiales; y es mejor hacerlo para beneficio de todos. Tú le quieres servir a Dios, y en este momento posees riquezas materiales; debes pedir al Señor una dirección definida al respeto, pues las riquezas generalmente sirven como un obstáculo. No obstante, en la cultura judía, las riquezas han sido consideradas muestras fehacientes de las bendiciones de Dios.

El contexto de este encuentro del Señor con este joven rico nos muestra que una religión como la judaica se basa en recursos caducos y débiles; y los muestra la impotencia de la ley mosaica. Bueno, Dios tiene sus justos requisitos. Dios es perfecto, y exige esa perfección en su familia; de manera que Dios dispone que en este tiempo podamos conocer esos requisitos; pero no sólo conocerlos, sino también aprender a llevarlos a la práctica. El destino de cada uno de nosotros es llegar a ser perfectos, como Dios es perfecto. ¿Perfectos en qué? Perfectos en nuestras intenciones y en nuestra naturaleza misma; de tal manera que, como consecuencia, sean perfectos nuestros actos. De modo que la persona que alcanza la vida eterna, desde esta vida debe empezar a exhibir las características del Padre celestial; esto como resultado de la regeneración espiritual, del nuevo nacimiento.

El joven rico no estaba satisfecho con la respuesta del Señor; no llenaba sus expectativas. «Hay algo que me está faltando», pensaba. «*Todo esto lo he*

*guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?*» Lo curioso es que, a pesar de que este joven rico decía haber cumplido la ley, aun no había surgido en su conciencia la certeza de que merecía la vida eterna. Existía algo que él aun desconocía. Él veía que el cumplimiento de la ley no satisfacía las exigencias de la búsqueda espiritual.

Depositar la confianza en la ley no es más que esperar la salvación en algo externo. La ley no penetra en tu corazón. La ley no le garantiza la certeza de la salvación a nadie. La ley te puede instruir, pero carece de poder para salvarte. Entonces, ¿cuál es la función de la ley? La ley revela la naturaleza moral y la santidad de Dios; revela la rigidez de sus demandas; como también revela la perversa condición del corazón humano.

Y lo más triste de todo esto es que multitudes se han creído que cumplen la ley de Dios, y que eso les basta. Es ridículo y jactancioso pretender monopolizar el favor de Dios excluyendo a los demás seres humanos. Esa ha sido una pretensión judía, y aun de muchos creyentes, sobre todo en las esferas clericales. Abundan personas, y aun sociedades, que se consideran mejores que los demás mortales. Eso es peligroso.

Entonces, volviendo a lo del joven rico, el Señor le tocó el punto neurálgico, el meollo de lo que estaba atascando las exigencias que requería la búsqueda de esa perfección. «*Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme*». Aveces, la retención codiciosa de las cosas

materiales nos impide avanzar en el proceso de la perfección espiritual.

El Señor le citó la parte social de los mandamientos; como ese de «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*». Dios es amor, e indiscutiblemente nuestra perfección se relaciona con el amor de Dios en nosotros. Sin amor no hay desarrollo espiritual. Estoy convencido de que la gran prueba de que una persona es espiritual es el amor (cf. 1 Jn.4:7.8); el resto no es más que una mera ilusión. En la práctica, el verdadero amor se manifiesta cuando llegamos a amar a los demás tal como nos amamos a nosotros mismos. Eso de que amemos a los demás como nos amamos a nosotros mismos, en el esfuerzo e intención natural humano, es imposible. Decir que lo hacemos es pura hipocresía. Sólo se puede lograr con el amor del Señor en nuestro corazón; es decir, Él amando en nosotros. Conforme los requisitos de Dios, este hombre rico necesitaba mostrar más amor por su prójimo del que su religión había forjado en su corazón. Dios juzga la intención del corazón con mayor intensidad que las acciones externas (cf. 1 Re. 8:17-18).

Este joven rico debía deshacerse de ese dios llamado riquezas que dominaba su corazón. El siguiente paso, o tal vez simultáneo, es que debía arrepentirse y tomar la decisión de seguir al Señor Jesucristo, abandonando una religión que lo tenía atado a más de seiscientas añadiduras y tradiciones de factura humana.

El Señor jamás enseñó una filosofía de meras «obras» externas. Los meros actos de bondad no

son suficientes para conferir dignidad para la vida eterna; eso luce muy superficial y erróneo. En el creyente, la vida eterna nos lleva a destacar un proceso hacia la perfección total de la naturaleza de Dios en nosotros. Esa perfección se realiza en la transformación del creyente a la imagen de Cristo. Seguir a Cristo, pues, exige pagar un precio. Seguir a Cristo nos ofrece la oportunidad de participar de su vida, de su transformación y de su glorificación.

El individuo que se convierte y nace de nuevo, a partir de ese momento comienza a ser transformado; es necesario que esa transformación sea operada en ese individuo, pues su imperfección sigue ahí intacta; eso significa que esa transformación moral no ocurre en ese instante; eso discurre en un proceso más o menos largo, que depende en mucho en la voluntad de la persona convertida. La meta es participar de la santidad absoluta de Dios.

4

# TIEMPO Y JUSTIFICACIÓN DEL JUICIO

## TRASFONDO HISTÓRICO Y ESPIRITUAL

En términos generales, la moral de la iglesia del Señor Jesucristo se fue degenerando a través de los siglos, desde cuando decidió unirse oficialmente en la historia con las costumbres del mundo, a través de un matrimonio con el Estado en tiempos del Imperio Romano, y de paso con Babilonia, la ciudad terrenal; y, en la memoria de los tiempos, se fueron olvidando las doctrinas fundamentales del evangelio. En las páginas de la historia hubo un giro extraño en el seno de la iglesia, y llegó el momento en que los emperadores romanos, más llevados por motivaciones políticas que doctrinales, convocaron asambleas de los obispos de su jurisdicción imperial; asambleas que fueron conocidas como los concilios ecuménicos; a fin de dirimir controversias en torno de Cristo, de su persona, de su divinidad, de su humanidad, de sus naturalezas, de su eternidad, de su encarnación, etc., mientras que la iglesia se iba viendo encerrada y apresada en algo que se convertía en una estructura oficial y jerárquica, hasta que los siervos de Dios se vieron encarcelados en lo que se había constituido aquella mole, una verdadera entidad mundana.

La iglesia se untó de costumbres ritualistas, se contaminó con la práctica de sacramentos, de misas, de estructuras, de reglamentos, de supersticiones; gobernada por personas, muchas de ellas deshonestas, sentadas en sillas imperiales cuyo dominio ha sido incalculable. E infortunadamente, mucho de esa retorcida cultura pasó a la Reforma a partir del siglo 16. Y ha sido difícil despojarnos de ese estadio, y reencontrarnos con la vida celestial de la iglesia; reencontrarnos con la verdad de que lo fundamental es que somos salvos no sólo para no ir a parar al infierno; sino que Dios tiene intenciones más altas para todos nosotros; y que para ello Él necesita que sus hijos demuestren que están calificados para esos altísimos menesteres.

Entonces, hoy, en las toldas estructurales eclesiásticas, además de las masas de supuestos creyentes, clérigos y legos, en todos los estratos eclesiales, grandes y pequeños, muchos desconocen esta realidad futura; o la subestiman; otros la toman a la ligera, pensando que, al estar exentos de la condenación final, pueden asumir el riesgo de vivir como les plazca. «¿Será esto cierto o no lo será? ¿Cómo es posible que Dios nos vaya a juzgar?», piensan muchos. Pero todo esto encierra un cúmulo de irresponsabilidad, pues es ciertísimo que Cristo, el Señor, evaluará a sus siervos; y el panorama será un acontecimiento público y demasiado dramático para una enorme cantidad de creyentes; muy enorme, por cierto.

Por ejemplo, en el contexto de la parábola de las diez vírgenes, la Palabra revela que en la iglesia, por

lo menos la mitad de los creyentes de toda la historia, no entrará en las bodas del Cordero que se dará después de la venida del Señor a la tierra. Sin duda, son hijos de Dios, nacidos de nuevo, son morada del Espíritu Santo, pero su desarrollo espiritual se estancó; el alma de esos millones de hermanos no logró la madurez espiritual como para conocer que para participar de las Bodas del Cordero y del reino milenial hay que pagar un precio. Como no lo habían pagado; no se habían negado a su vida mundana; no habían llegado a interesarse por ser discípulos de Cristo; no se habían preocupado por obedecer la voluntad de Dios; entonces, al regresar el Señor, y cumplida la resurrección de los santos, toda esa enorme cantidad de hijos de Dios, podrá constatar su verdadero estado espiritual. Con sus propios ojos verán que la lánguida llamita de su vida espiritual no había estado proyectando ninguna luz, debido a que el aceite de su unción había venido escaseando en su corazón.

Por el cuadro que ilustra lo de las diez vírgenes, vemos que ya estaban a las puertas mismas del juicio de la iglesia en el tribunal de Cristo. En esa esfera estaban cuando constataron su propia deficiencia espiritual; y evaluaron la diferencia frente a los vencedores, los hermanos espirituales; y en su desorientación y desespero, se atrevieron a pedirle algo de esa desbordante unción. Antes de que fuese más tarde, les pidieron con premura: «*Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan. Mas las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los*

*que venden, comprad para vosotras mismas*» (Mt. 25:8,9). Eso significa que ningún creyente puede trasmitirle llenura del Espíritu ni madurez espiritual a otro hermano, ni ahora ni nunca. Eso sólo se logra pagando un precio; y nadie puede pagar el precio por otro. Y el infortunado resultado es que a esas vírgenes se les cerraron las puertas de las bodas.

Téngase presente que el sonido de la séptima trompeta (cf. Ap. 11:16) anunciará el regreso del Señor a la tierra a reinar sobre las naciones, desde su trono en Jerusalén. Jerusalén será el centro de operaciones del Señor. Pero a la vez esa trompeta anunciará el trágico final del poder de Satanás sobre esas mismas naciones. Esa séptima trompeta, sin lugar a dudas, también estará anunciando la resurrección de los redimidos y el juicio de los santos frente al tribunal de Cristo.

«*Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras*» (Mt. 16:27).

Jesucristo ha recibido la autoridad para juzgar a todos los seres inteligentes de la creación (cf. Fil. 2:9-11). Aunque su juicio ya está actuando en nuestra vida actual, sin embargo, habrá un juicio de nuestra conducta cuando Cristo regrese. En definitiva, los cristianos son salvos por fe, no por obras; pues la salvación es un don de Dios (cf. Ef. 2:8,9). La vida eterna es un regalo concedido por la gracia de Dios. Desde el momento en que creímos, todos los hijos de Dios, los justificados por la obra de Cristo en la cruz, comenzamos a conocer al Señor en nuestra vida terrenal; y continuamos conociéndolo mientras

vivimos en este cuerpo mortal. Y lo normal es que, después de nacer de nuevo, sigamos creciendo en ese conocimiento, y madurando en nuestra nueva vida, la espiritual. Pero llegará el día en que dejaremos este cuerpo y seamos trasladados a otra dimensión muy diferente de la terrenal. La Biblia revela que seremos trasladados al Paraíso, en el tercer cielo. Una vez en ese lugar, ya no habrá oportunidad alguna para retornar a la tierra a remediar errores ni a pagar nuestras deudas. El asunto hay que enfrentarlo ahora. Si aun estamos viviendo en ese cuerpo mortal, Dios quiere y espera de nosotros que le seamos agradables. ¿Cómo le podemos ser agradables a Dios? Obedeciendo la voluntad de Él.

### TIEMPO DE RESURRECCIÓN Y HORA DEL JUICIO

Pero esa obediencia debe ser una realidad ahora. Una vez que hayamos sido trasladados al Paraíso, llegará el día y la hora en que ocurrirá el poderoso regreso del Señor Jesús a la tierra. En ese mismo día y en el marco de ese grandioso evento, Dios ejecutará algo portentoso con todos sus hijos que estén en el Paraíso, en el tercer cielo. Muy cerca del trono de Dios, los ángeles estarán ejecutando la voluntad de Dios, y sonará la trompeta. ¿Qué sucederá al sonar la séptima trompeta? Que a todos los que hayan muerto en Cristo, Dios los traerá a la tierra con el Señor Jesús. Allí no va a quedar ni un solo creyente. Ha llegado la hora de la resurrección de los santos (cf. 1 Ts. 4:13-17).

Cuando el Señor, en su glorioso regreso, esté a la

altura de las nubes, en un abrir y cerrar de ojos soltará a todos los redimidos que regresan del Paraíso, quienes al tocar la tierra, sus cuerpos mortales, o lo que haya quedado de ellos, adquirirán el poder de ser transformados en cuerpos gloriosos e inmortales; y ese hecho portentoso ocurrirá juntamente con la última generación de santos que aun hayan quedado vivos sobre la faz de la tierra, quienes también verán cómo sus cuerpos serán transformados aun sin haber gustado la muerte física (cf. 1 Co. 15:51,52); y juntamente con los que hayan venido del tercer cielo, serán arrebatados en las nubes a fin de recibir al Señor en los aires; y todos descenderán con el Señor hasta el monte de los Olivos, donde el Señor afirmará sus pies (cf. Zac. 14:4).

Cristo es el juez de los hombres. Él, como Hijo de Dios, está plenamente dotado de la gloria del Padre; y como Hijo del hombre tiene el derecho, el poder y la facultad de juzgar. ¿Por qué? Por cuanto Cristo se identifica con el hombre y puede realizar el juicio con entera propiedad. Lo confirma la Palabra.

> «*Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo... y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre*» (Jn. 5:22,27).

Cristo es el primer hombre verdaderamente inmortal; y eso mismo es el objetivo de la vida humana en el propósito de Dios; porque el Hijo del hombre puede otorgar ese tipo de vida, la eterna; y es necesario que en nosotros ocurra una auténtica transformación a la imagen de Cristo.

En el aspecto espiritual, un hijo de Dios puede estar descuidando aquí su crecimiento espiritual, e incluso puede llegar a estancarse; y ese lamentable estado puede prolongarse hasta el momento de nuestra muerte física; estancamiento que seguirá hasta el día de la resurrección de la iglesia. Efectuada la resurrección, y habiendo sido revestidos de un cuerpo glorioso con ocasión de la parusía de Cristo, esa situación no puede continuar. Todo ese estado espiritual será revelado delante del tribunal de Cristo. A partir de allí, en la esfera eterna no puede haber estancamiento.

Cada creyente tiene un destino en Cristo; destino que le fue determinado por Dios, de tal manera que el propósito con cada uno de nosotros no puede fallar; no puede haber estancamiento que nos limite en nuestro servicio al Señor. Ahora, si a raíz del juicio delante del tribunal de Cristo, la persona debe pasar un tiempo en las tinieblas de afuera (cf. Mt. 25:30), Dios dispone de los medios necesarios a fin de que ese creyente reciba el tratamiento adecuado, hasta que esté completamente apto para reincorporarse a la comunión con el resto de los santos, y continuar así su crecimiento y desarrollo espiritual. Téngase en cuenta que en la eternidad no habrá gente irresponsable, no capacitados, ni ociosos, ni defectuosos; pues así lo requiere la plenitud de Cristo. Dios es perfecto, y su perfección se va apoderando de nosotros.

5

# EL TRIBUNAL DE CRISTO

## EL JUICIO DE LOS SANTOS

«*Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables.* [10]*Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo*» (2 Co. 5:9,10).

Parecerá aburridor que reiteremos que es necesario que haya absoluta claridad de que otro de los acontecimientos que seguirán después del regreso del Señor, será el juicio de la iglesia delante del tribunal de Cristo; además del juicio a las naciones; es decir, los pueblos que sobrevivan después de derramarse el juicio de Dios sobre la tierra (cf. Mt. 25:31-46), y del juicio a los impíos sacados del Hades; evento que ocurrirá después del reino milenial de Cristo, y será el juicio del gran trono blanco. Estos tres juicios tienen la particularidad de que las personas serán juzgadas por sus obras; sin excepción.

Pero en esta ocasión nos vamos a limitar a hacer un análisis del juicio de los santos delante del tribunal (gr. *béma*) de Cristo. Si estás leyendo esta pequeño libro, es porque estás viviendo aun en esta tierra; eso significa que estás a tiempo de revisar y darle un

vuelco a tu vida respecto del Señor; y recapacitar acerca de tu andar, pues cada uno de nosotros será juzgado por el Señor Jesucristo. Todos los santos van a ser juzgados conforme el testimonio de vida, en su condición de hijos de Dios, mientras permanecieron en esta tierra, cuyo juez será el Señor Jesucristo en persona. A través de este juicio seremos recompensados conforme la forma en que hayamos vivido y obedecido la voluntad de Dios.

El juicio ante el tribunal de Cristo, revelará no sólo mi carácter general y mis hechos más protuberantes, sino también mis palabras y hasta mis pensamientos y motivaciones; de lo contrario no sería un juicio justo, pues aun las cosas que consideramos de poca monta, el Señor las considera justas o caóticas. Eso significa que en el juicio, todo creyente será sacudido hasta los mismos cimientos de su ser. Frente al tribunal de Cristo, nadie será capaz de engañar al juez, ni tratar de justificarse con testigos, coartadas, etc. Frente a nuestro ojos veremos cómo el Señor hará un juicio preciso, apropiado, veraz. Ahora puede que veamos las cosas bajo una perspectiva equivocada y hasta sesgada, y no le asignemos el justo valor a las realidades espirituales que nos han sido reveladas. Pero no nos equivoquemos; allí seremos despojados de toda pretensión; y veremos cómo será consumido por el fuego mucho de lo que aquí consideramos como valioso en extremo.

Téngase presente que para los santos no hay condenación eterna. Sobre eso no debes tener duda alguna. *«Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan*

*conforme a la carne, sino conforme al Espíritu*» (Ro. 8:1). La salvación es un regalo de Dios; es un don incondicional. No puede ser de otra manera. La seguridad de la salvación eterna no depende de nosotros. Si la seguridad de la salvación eterna dependiera de nosotros, de nuestra obediencia a la voluntad de Dios, su fragilidad no sería garantía suficiente para nadie; la obra de Cristo perdería su razón de ser; y la edificación de la casa de Dios sería un fracaso. Entonces, ¿por qué serán juzgados los hijos de Dios? ¿Cuál es la razón de ese juicio escatológico? Tenemos la vida eterna, pero el regalo inmerecido de la salvación de Dios no nos libera del requisito de la obediencia fiel; al contrario, nos compromete. Dios es santo, y no se conforma con algo mediocre. Cada hijo de Dios debe rendir cuenta acerca de esa fidelidad; de manera que será evaluada su conducta en la tierra, y juzgadas sus obras, sean buenas o malas las que haya realizado. ¿Será necesaria la realización de este juicio? Totalmente.

Recuérdese y téngase muy en cuenta que la salvación por gracia no elimina la necesidad de juicio, ni nos exime de ese proceso. No todos los hijos de Dios damos al mundo el mismo testimonio; no todos obedecemos la voluntad de Dios en la medida y rigor exigido por el Señor; no todos nos estamos ocupando en la obra de la edificación del cuerpo de Cristo con la misma dedicación y eficacia; no a todos nos interesa dar un fruto para la gloria de Dios. No obstante, esa comparecencia delante del tribunal de Cristo será necesaria para determinar las recompensas, no el destino eterno. Veamos algunas ilustracio-

nes bíblicas.

«*Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo.* [11]*Porque escrito está: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios.* [12]*De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí*» (Ro. 14:10-12).

Cuando tendemos a hacer diferenciación entre los hombres, tratamos de elevar y posicionar a unos en detrimento de otros. Si obramos del mismo modo en la iglesia, si tenemos preferencias, estamos creando facciones, dividiendo el cuerpo; lo que sirve únicamente para destruir nuestra unidad en Cristo.

Abundan los creyentes que se gozan juzgando la vida de los demás, y asumiendo la posición de jueces; olvidando que sólo hay un Juez, y que debemos esperar ese juicio. El tribunal de Cristo es el escenario donde serán examinadas las obras, el testimonio, la conducta de los creyentes en Cristo. Una vez establecida la bondad y fidelidad de vida, los santos recibirán sus recompensas, o la pérdida de las mismas; eso dependerá del testimonio vivido, de las obras ejecutadas y de la mayordomía ejercida frente a las responsabilidades que le haya sido encomendadas por Dios a cada uno.

Después de la resurrección, delante del tribunal, cada persona le rendirá cuenta de sus propias obras a Cristo, y a nadie más. Aunque la iglesia, como congregación debe ser inflexible en su posición en contra de actividades expresamente prohibidas en las Escrituras (tales como el adulterio, la homosexua-

lidad, el homicidio, el robo), no debería adicionar e imponer reglamentos humanos, como tampoco colocarlos al mismo nivel de la Palabra de Dios. Cuando hacen esto, muestran que su propia fe es débil, ya que no creen que Dios puede guiar a los cristianos por medio de su Palabra. Cuando estemos delante del Señor y le rindamos cuenta de nuestra vida, no estaremos preocupados por lo que haya hecho nuestro hermano en Cristo.

Delante del tribunal de Cristo, cada redimido se inclinará ante el Señor Jesús y dará cuenta detallada de todo el curso de su vida terrenal después de haber recibido el don de la salvación; dará cuenta de sus pasos después de haber recibido vida, cuando Dios lo encontró muerto en sus delitos y pecados. El día que es salva, cada persona redimida nace de nuevo; todos los pecados anteriores le son perdonados. Pero a partir de ese día de la regeneración, se abre un nuevo horizonte para cada hijo de Dios, cuando empieza a ser morada del Espíritu Santo, y cada uno carga con la responsabilidad de negarse a sus viejas costumbres; a desarrollar una vida espiritual, a experimentar una transformación y renovación mental; a dar el testimonio de que pertenece a una nueva raza; la raza de los hijos de Dios; gente que se rige por los principios y características de la vida de Cristo; gente celestial, que camina con nuevos hábitos, revestidos de un nuevo hombre; con la ventaja de que en lo íntimo de nuestro corazón tenemos la conciencia, que se puede catalogar como la voz de Dios dentro de nosotros.

De modo, pues, que frente al tribunal de Cristo se

efectuará el juicio de los creyentes, con la modalidad de que el Juez será el mismo Salvador en persona. El Juez tendrá a su alcance todos los elementos de juicio. No le faltará nada. Todos los libros serán abiertos. Sí, el Señor fue a la cruz y dio su vida por nosotros, pero ahora uno como que subestima ese grandioso hecho y la gloria que vendrá. Por eso el Señor ahora no está perdiendo el tiempo; el reloj del tiempo no se detiene; y el cumplimiento de todos los propósitos de Dios se va llevando a cabo con minuciosa sincronía.

Mientras permanecemos en esta tierra, es necesario que todo creyente permanezca en Cristo (cf. 1 Juan 2.24,27), debe procurar que su vida dependa del Señor para todo, en perfecta comunión, y esté preparado para la venida del Señor a la tierra; algo parecido a los funcionarios de una empresa que esperan que les practiquen una auditoría. De lo contrario, existe la posibilidad de que ese día sea alejado de su presencia. Ya el tiempo se agotó; no es bueno que sigamos viviendo para nosotros mismos.

Tengamos en cuenta que nosotros mismos, aun siendo hijos de Dios, con nuestra conducta actual, determinamos nuestra situación cuando regrese el Señor. No es una fábula. La Biblia lo declara. Cuando el Señor regrese, algunos serán alejados de Él avergonzados (cf. 1 Juan 2.28). Es algo condenable y necio que algunos, aun siendo hijos de Dios, se les dé por convertir el propio “yo” en un dios.

Una persona puede ser salvada como por fuego (cf. 1 Co. 3.15), con dificultad (cf. 1 Pe. 4.18). Hay personas que entrarán en el reino con amplitud de

gozo, pero otros con dificultad (2 Pe. 1.11). Entonces, cuando el Señor regrese a la tierra, todos los hijos de Dios serán examinados, y cada uno recibirá conforme lo que haya decidido hacer en su vida, sea bueno o sea malo (2 Co. 5.10). Todos esto muestra que algunos quedarán avergonzados a causa de su conducta actual. Damos algunas razones: Puede que allì se aclara que algunos hayan hecho uso deficiente de los talentos recibidos del Señor; otros deben dar cuenta de la manera descuidada en hayan cumplido su misión; otros darán cuenta del escaso aprovechamiento del poder que el Señor haya ofrecido, y, lo que es peor, dar cuenta de la forma en que se haya utilizado nuestra vida para satisfacer nuestros propios intereses.

Hermano, debes estar seguro de que el Señor ahora te está siguiendo los pasos; está tomando nota de todos los detalles de tu andar, incluidos tus pensamientos, pues ahora tenemos unas reglas celestiales que obedecer, y un propósito que conocer y que acatar; y lo curioso es que no lo hacemos ni siquiera porque tenemos dentro de nosotros el Espíritu de Dios ansioso por ayudarnos. ¡Qué calamidad!

Ahora mismo todo esto depende no tanto de la voluntad de Dios, porque Él sí quiere hacerlo, sino también de tu voluntad. El Señor está interesado en que todos sus hijos hagamos la voluntad de Dios; Él quiere ayudarnos a lograrlo; pero puede ser que tú no quieras; que no estés interesado; entonces el Señor encuentra esa barrera en ti. Tengamos en cuenta que Cristo es el Juez; pero antes de ser tu Juez,

ahora quiere ser tu ayudador. Medita en la siguiente declaración bíblica:

«*Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan... [31]por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos*» (Hch. 17.30, 31).

Ese día, instalado en su tribunal, el Juez justo, en sus libros celestiales, y en particular en el libro de las obras, tendrá todo el historial de todos y cada uno de los hijos de Dios ya reunidos en una gran multitud frente a Él. Se tratará de esos mismos que pocos días antes habían resucitado cuando el Señor venía descendiendo del cielo en su gloriosa segunda parusía, cuando la iglesia, al sonar la última trompeta se hubiere reunido con Cristo en las nubes, y hubiese descendido con Él para contemplar los grandiosos hechos finales sobre un mundo que lo había rechazado en toda la historia. Entonces, una vez finalizado el derramamiento de la ira de Dios sobre las naciones, el Señor se encargará de poner orden en su propia casa. Como lo declara el apóstol Pedro: «*Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios*» (1 Pe. 4:17). Allí frente a su tribunal, cada uno recibirá su sentencia justa, según sus méritos o deméritos, de manera que el juicio de los creyentes es inevitable.

Durante el desarrollo del juicio de la iglesia seremos testigos de acontecimientos que nos dejarán anonadados, por decir algo. Allí veremos siervos del

Señor, incluso misioneros, evangelistas y predicadores de la Palabra de Dios, que no podrán recibir su galardón y entrar con el Señor a las bodas del Cordero. ¡Cómo es eso!

«*Así que, por sus frutos los conoceréis.* [21]*No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.* [22]*Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?* [23]*Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*» (Mt. 7.20-23).

Aun siendo creyentes, hijos de Dios, hacedores de milagros y demás, solemos tener la tendencia humana de engañarnos a nosotros mismos creyendo ser lo que no somos; eso nos dificulta la entrada por la puerta estrecha, la puerta del reino de los cielos, la puerta de la victoria espiritual. Esos predicadores estarán allí debido a que han resucitado con todos los hijos de Dios, pero su falta de obediencia a la voluntad de Dios, los priva de recibir el galardón. A menudo, uno suele juzgar conforme las apariencias; pero cuando eso se va haciendo repetitivo y constante en una persona, puede estar demostrando lo vacío de su corazón.

En el mundo cristiano abundan innumerables concilios, misiones, respetables ministerios, estructuras eclesiásticas más o menos fundamentadas en la Palabra de Dios. Bueno, cada uno defiende su legitimidad y su accionar; todos van cumpliendo un cometido; y si llevan la consigna de difundir el men-

saje del evangelio de salvación y hasta del reino, hay respaldo del Señor a ese trabajo. Pero todos conocemos que todo eso es discutible, pues en medio de ese proceder puede haber sincretismo, así como intereses personales mezclados, orgullo denominacional; Dios lo sabe. La Biblia revela que la iglesia es el cuerpo de Cristo, y es una sola. Desafortunadamente la cristiandad, donde milita la gran mayoría de los hijos de Dios, prácticamente y conforme la Palabra de Dios, en muchas de esas estructuras religiosas le han cerrado las puertas a Cristo; pero a pesar de eso, el Señor está avanzando a pasos agigantados en sus planes y propósitos de restaurar su iglesia a los parámetros bíblicos, esos mismos que se leen en las páginas del Nuevo Testamento, y en particular del libro de los Hechos y las epístolas de los apóstoles. Todos esos aspectos y responsabilidades serán planteados delante del tribunal de Cristo.

### LAS OBRAS MANIFIESTAS EN EL TRIBUNAL

Es fundamental conocer que la iglesia de Jesucristo jamás se ha confundido con alguna organización eclesiástica de todas las que abundan en el mundo; se llame como se llame. La iglesia de Jesucristo es un edificio vivo que aun está en construcción.

«*Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica.* [11]*Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.* [12]*Y si sobre este fundamento alguno*

*edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca*» (1 Co. 3:10-12).

Partamos del principio de que la iglesia es el templo de Dios (cf. 1 Co. 3:17); es decir, la iglesia es un edificio espiritual que aun está en proceso de edificación (cf. 1 Co. 3:9). Está en la última etapa, sí, pero aun en edificación. La congregación local bíblica, a la misma que llaman el *candelero*, la misma que desde el principio se empezó a reunir por las casas, e incluso esa parte que está diseminada aun dentro de las estructuras eclesiales denominacionales; todo eso es apenas parte de ese edificio espiritual, que es universal (cf. 1 Pe. 2:5). Para Dios, en la forma eterna de ver las cosas, ese edificio está culminado; pero a la vez es una edificación en construcción; ese trabajo está en proceso. Pero para ese trabajo, todos debemos estar siendo perfeccionados (cf. Ef. 4:12), pues todos nosotros estamos edificando sobre un único fundamento, Jesucristo, que es firme y permanente, pues «*nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo*» (v. 11).

En todo esto, vemos que los diversos constructores puestos por el Señor, deben ocuparse en la tarea de recabar materiales, más hijos de Dios y discípulos de Cristo, para ir incorporándolos en todo ese organismo espiritual en construcción. Es necesario entender que todo creyente que quiera ayudar a extender el evangelio de salvación y del reino de los cielos, debe procurar primero pasar por un proceso de entrenamiento espiritual, de madurez, de conocimiento del Señor Jesucristo, el fundamento; cada

siervo debe conocer los pormenores de la obra de Dios. Cada siervo debe saber qué está construyendo Dios. Debe tener perfecta claridad de qué es la iglesia. Cada siervo debe llegar hasta la madurez de no confundir la iglesia del Señor con ninguna estructura eclesiástica de factura humana. También debe tener claridad acerca de qué es el reino de los cielos.

Es necesario tener conciencia de que cada uno de nosotros está siendo edificado en lo personal; es menester que cada piedra del edificio sea pulida y acondicionada; y conocer que el fundamento de nuestra vida es Jesucristo. Además de ser nuestro fundamento, Cristo es nuestra razón de ser. Todo lo que somos y hacemos debe concordar con los patrones que Él estableció. ¿Estás edificando tu vida sobre un cimiento deficiente, tales como las riquezas, el éxito, la religión y la fama? ¿Estás edificando tu vida centrando tu atención en determinada persona humana? Es hora de que tengas cuidado de cómo edificas tu vida.

Por otro lado, el fundamento de la iglesia -de todos los creyentes- es Jesucristo. Nadie más puede tomar su lugar; no importa que se trate de una persona, por muy brillante y carismática que sea; o que se trate de una institución u otro estamento. Los arquitectos saben que una edificación sólo puede ser tan firme como sus cimientos; si carece de cimientos, o fue levantado sobre cimientos muy deficientes, no durará. En la iglesia, todo constructor debe tener la certeza de que está edificando sobre el fundamento que ya está puesto. En la historia abundan los ejemplos de construcciones eclesiales sobre otros

fundamentos; de esa manera deja de ser la edificación de la iglesia del Señor Jesucristo. Allí, tarde o temprano, se pierde el norte. También se puede caer en el error de mezclar intereses personales con los del Señor; e incluso se puede edificar estructuras familiares hereditarias. De todo esto hay que dar cuenta frente al tribunal de Cristo.

Ese único fundamento del edificio de Dios, tiene su propio y único mensaje; un mensaje nítido y verdadero. Y lo particular es que se trata del mismo mensaje al que muchos catalogan de «locura». ¿Por qué lo afirmo? Porque muchas personas están convencidas y satisfechas con lo que le enseñan en su círculo religioso. No procuran conocer la fuente de la verdad. Existen religiones que tienden a que sus feligreses se acomoden y confíen en inseguras doctrinas que a la postre llevan a la perdición.

Por otro lado, hay que mirar cómo se sobreedifica. Es necesario usar materiales nobles; los que usa el Señor. Materiales que surgen de su misma esencia divina. Esos que aparecen simbolizados con el oro, la plata y las piedras preciosas, que representan la presencia y la operación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Pero la verdad es que gran parte de la cristiandad entró a desviarse y a sobreedificar usando materiales perecederos, conforme estructuras y proyectos humanos, a los que la Palabra llama madera, heno y hojarasca. Todo lo construido con base en la sabiduría humana, se quemará en el día del juicio. La sabiduría de este mundo es animal, terrenal y diabólica.

En el Antiguo Testamento, los diversos templos

edificados en el curso de la historia de Israel, fueron construidos usando materiales muy costosos, incluso importados de diferentes países, dado que se trataba de edificaciones únicas y exclusivas, dedicadas a la adoración a Dios. Usaban materiales preciosos y duraderos, de la más alta calidad y hermosura, capaces de resistir los embates del tiempo y de la naturaleza. El rey Salomón invirtió una enorme fortuna en la construcción del templo de Jerusalén.

Aunque algunos han aplicado el contexto de estos versículos a su propio crecimiento espiritual, Pablo está enseñando, además, sobre cómo ministrar a otros. No obstante, no podemos edificar a otros con lo que nosotros mismos carecemos. ¿Estamos edificando con materiales eternos o con materiales perecederos? Se puede manejar una enseñanza eterna y duradera, basada en la verdad bíblica; o usar la sabiduría humana y pasajera, superficial; incluso cargada de retórica y erudición académica. ¿Haremos que otros se apoyen en nosotros, o en Cristo como el fundamento de su fe? ¿Usaremos nuestras capacidades y dones espirituales para edificar a otros en el cuerpo de Cristo, o para hacerlos depender de nosotros? ¿Usaremos enseñanzas basadas en la Biblia o sólo en adaptaciones de sabiduría mundana y falsos misticismos?

Como toda construcción, la de la iglesia tuvo su iniciación en la historia; y en los propósitos de Dios, también tendrá un día específico para terminarla y culminar la plenitud del cuerpo de Cristo. En ese día todo será revisado y aclarado. El Señor hará una minuciosa inspección y examen detallado de cómo

se llevó a cabo esa construcción; pues se trata del edificio de Dios, el cuerpo de Cristo. Ahora, en este tiempo en que estamos construyendo, el Señor, en su misericordia, repentinamente nos puede confrontar, y de hecho nos suele practicar una especie de auditoría espiritual, a fin de que nos arrepintamos y retomemos el rumbo correcto; pero lo terrible es que frente a su tribunal ya no tendremos tiempo de rectificar.

## NIVELES DE RECOMPENSAS

En el día del Señor, cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor, sea que su rol se limite a plantar, o sea que se dedique a regar. «*Y el que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor*» (1 Co. 3:8).

En el juicio que tendrá lugar en el tribunal de Cristo, la vida de cada uno de los creyentes será evaluada, y recibirá su recompensa conforme su testimonio y su proceder en el curso de la vida corporal, pero en su condición de hijo de Dios. Eso significa que no todos recibirán el mismo grado de recompensa. La recompensa en general es la participación en el reino milenial, pero aun allí habrá diversos niveles de posición y responsabilidades, pues no todos habrán tenido la misma medida de esfuerzo, de entrega, de obediencia, de dedicación y de santidad que presentar.

Lo que una persona esté haciendo durante su peregrinación en la tierra, eso es lo que determina su

nivel de participación en Cristo; y eso mismo determina el grado de aproximación al Señor en los lugares celestiales; o la no participación temporal en esos lugares. Eso significa que existen diversos niveles de gloria cuando la persona participa del reino desde el comienzo. Sobre esto podemos apreciar que algunos creyentes serán glorificados con mayor peso que otros, conforme su servicio, obediencia y dedicación total durante el período terrenal.

Algo parecido ocurrirá con aquellos que no reciban recompensa sino pérdida y tratamiento disciplinario en los escenarios de las tinieblas de afuera. No podemos subestimar estas verdades. La Palabra de Dios revela que cada cual saldrá de esa situación dolorosa cuando haya pagado hasta el último cuadrante (cf. Mt. 5:26). De esa situación no saldrán al mismo tiempo.

No hay necesidad de elaborar una interminable lista de malas acciones dentro de los hijos de Dios; entre ellos podríamos encontrar un amplio espectro de conductas torcidas y de lamentables omisiones. Tanto el bien como el mal hecho por el creyente en el curso de esta vida material, serán pesados por la justa balanza del Señor; lo que verificará el grado de transformación a la imagen de Cristo que haya logrado el creyente; lo cual determinará la habilidad inherente a través de la cual el creyente es apto para servir al Señor ya en la esfera del reino y en el estado eterno.

Es bueno tener claridad y sana conciencia de que al ser juzgados los creyentes por sus obras, buenas o malas, por su testimonio mientras estaba andando

en este cuerpo de muerte, como consecuencia allí será determinado quiénes entrarán al reino milenial que el Señor ya está pronto a inaugurar con las bodas del Cordero esperada desde toda la eternidad. Esas bodas ocupan un lugar preferencial en la voluntad del Señor; y dará lugar a la inauguración del reino mesiánico

Entonces, ¿quiénes sufrirán pérdida? Reitero que la salvación es por la gracia por medio de la fe. Por tal motivo, nadie va a perder su salvación. Es sumamente importante repetir que en el tribunal de Cristo no se estará juzgando la salvación del creyente; nuestra vida eterna no entrará en juego en ese escenario, ni en ningún otro. Lo que el Señor pondrá sobre el tapete es tu posición, tu obediencia, tu testimonio mientras vivas en este mundo, donde el Señor espera que en todos se opere una verdadera entrega total. Aun así, nada ni nadie nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (cf. Ro. 8.38,39). Las recompensas son determinadas según las obras realizadas por cada creyente con posteridad a la salvación.

Pero vemos que la Palabra revela que algunos sufrirán pérdida. ¿Pérdida de qué? Perderán la recompensa. Ese día cada uno ha de presentar sus obras delante del Señor, pues «*la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará.* [14]*Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa.* [15]*Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así*

*como por fuego*» (1 Co. 3.13-15).

Cuando el apóstol Pablo menciona fuego a fin de que sea usado para probar las obras, es porque ante sus ojos se perfilaba el juicio de la iglesia; es decir, el día del juicio se relaciona con el fuego, con la consumación y purificación, con la eliminación de toda la escoria.

Una vez finalizado el juicio de la iglesia en el tribunal de Cristo, la veremos dividida en dos grandes multitudes: Por un lado los vencedores que, como las cinco vírgenes prudentes, recibirán su galardón y entrarán con el Señor a las bodas; y por el otro lado, una gran multitud de creyentes que, como las vírgenes insensatas, quedarán marginados durante un tiempo determinado por el Señor; son los que en las tinieblas de afuera tendrán que pagar un precio lejos del Señor, en una como especie de disciplina pedagógica; precio que el descuido, la desidia, la falta voluntaria de conocimiento, les impidió pagar acá, tomando cada uno su propia cruz, y negándose a sí mismos.

Como hemos reiterado, el juicio de la iglesia ante el tribunal de Cristo tendrá lugar después de la resurrección de los santos; y como sentencia del juicio, unos recibirán la recompensa de participar en las bodas del Cordero y reinar con Cristo en el milenio, mientras que otros perderán esa recompensa, y serán lanzados temporalmente a las tinieblas de afuera. Eso significa que el juicio ante el tribunal de Cristo no será meramente retributivo, para recibir recompensas, sino también disciplinario.

¿Qué sucederá con los creyentes que sean

lanzados a las tinieblas de afuera? En esa esfera, cada creyente será tratado por separado, tiempo en que le será eliminado todo lo que haya impedido el avance espiritual en la personalidad de ese hijo de Dios. Mientras permanecemos en este cuerpo mortal, todo hijo de Dios debe procurar negarse a sí mismo, a fin de poder servirle al Señor. Si eso no ocurre en tu vida ahora, pues, te vendrán problemas después de la resurrección. Entonces, una vez disciplinado y capacitado en las tinieblas de afuera, el creyente podrá entrar en el estado eterno, pues en el estado eterno que inicia se debe tener capacidad para vivir y actuar en una esfera celestial.

En el curso del juicio ante el tribunal de Cristo, una y otra vez se escucharán palabras como: «*Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor*». Igualmente a otros les dirá: «*Siervo malo y negligente*». Y la sentencia será: «*Al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes*». Y pensar que un simple trato enojoso con tu hermano puede afectar tu sentencia en el tribunal de Cristo.

«*Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel.* [26]*De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante*» (Mt. 5.25,26).

Ese siervo va a salir de la cárcel; no puede quedar ahí porque es un hijo de Dios, pero allí permanecerá hasta que haya pagado el precio debido a su falta y

negligencia; pero lo importante es que al pagar el precio, su mentalidad haya experimentado una renovación, y, como consecuencia, una transformación moral; y pueda salir de allí con un corazón perdonador; pues para llegar a ser un siervo humilde, lleno de amor y dominio propio, hay que pagar un precio; y es mejor pagarlo en este camino, en esta era de la gracia. También lo amonesta el apóstol Pablo. «*Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo*» (Ro. 14.10).

***Galardones***. La palabra «galardón» se deriva del término griego cuyo sentido ordinario es «salario». Algunos se atreven a pensar que los galardones que han de recibir los vencedores se relacionan con bienes materiales, tales como mansiones lujosas y coronas de oro en sus cabezas.

Por otro lado, aclaramos que *galardón* no es lo mismo que *salvación eterna*; los que confunden estos dos aspectos, caen en errores doctrinales de mucha consideración; aunque, es verdad, los galardones forman parte de la salvación; es decir, Dios quiere que todos los salvados también sean galardonados.

Obsérvalo con cuidado. Es importante insistir que la salvación eterna es un regalo de Dios, que jamás se pierde; de Dios recibimos vida eterna. En cambio, participar en el gobierno y el servicio en el reino de los cielos tiene un costo. El gran galardón es Jesucristo mismo, pues gozando de su presencia, podemos participar de las bodas y del reino. Pero también habla de «coronas», lo cual se refiere a realidades

espirituales de altura en un escenario donde todo es elevado, excelso: poderes gubernamentales, cualidades, peso de gloria en un mundo metafísico sin precedentes en nuestras actuales existencias aveces cegatas. Y ¡ojo! estos galardones se pueden perder.

La corona es símbolo de victoria; pero también es símbolo de autoridad y de gobierno. ¡Cuidado! Las coronas no son objetos físicos, sino más bien realidades espirituales, como producto de realizaciones espirituales en esta tierra. Algunos opinan que son grados de gloria, o niveles de participación en la plenitud de Cristo. ¿Qué significa eso? Que cuanto más coronas recibas, más semejante a Cristo eres. No obstante, cada creyente que reciba corona, no será para exaltación personal, sino para glorificar a Cristo; para colocarla a sus pies, pues Él es quien tiene los méritos (cf. Ap. 4:10).

A todos se nos ha encomendado una labor para realizar. Nadie puede jactarse de sí mismo impunemente; pues, al encomendársele una misión, Dios es la fuente y la meta de la misma; no para jactancia y lucro personal. No vale la péna que te ufanes de tus propios logros; esa actitud te puede llevar a la ruina espiritual y moral.

Dios quiere que valoremos en lo posible la grandiosidad de la salvación que nos ha dado. Mientras estamos en este cuerpo, revisemos si nuestra conducta terrenal es deficiente. «*No os engañéis; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.* [8]*Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu*

*segará vida eterna*» (Gá. 6:7,8).

Hermano cristiano, en este momento de tu vida, ¿cuáles son tus especiales intereses? ¿En qué tienes afincadas tus más amadas esperanzas? ¿Te ocupas ahora en trabajar difundiendo el evangelio? Si lo estás haciendo, ¿cuál es la motivación en tu corazón? ¿Piensas sinceramente que trabajas conforme los parámetros de la voluntad de Dios? ¿Estás edificando una empresa privada, o te ocupas en edificar la iglesia del Señor? ¿Trabajas para beneficiar al Señor o para tu beneficio y lucro personal? ¿Acaso estás esperando alguna recompensa temporal o la dejas para cuando el Señor regrese? ¿Lo estás haciendo por amor al Señor? De lo que tú respondas con sinceridad, podrás tener idea de lo que te espera delante del tribunal de Cristo. Ten en cuenta que Dios no trabaja en ti, en tu progreso espiritual, sin consultar con tu voluntad; Dios no da un solo paso para transformarte sin que tú lo quieras. Entonces, en el juicio ante el tribunal de Cristo, sin duda cada cual va a recibir lo que merece.

En medio de todo esto, el colofón es que es preocupante que la iglesia del Señor Jesucristo ignore el hecho real, revelado, escatológico, del tribunal de Cristo. Pero considero que lo más grave es que aun conociéndolo, se siga subestimándolo, como si se tuviera la frívola esperanza de que haya la posibilidad, aunque sea remota, de librarse de una sentencia funesta, y que mientras tanto podemos seguir jugando a la religión.

Todavía estamos acá en la esfera terrenal, y es necesario que le pidamos al Señor que nos conceda

encarar una verdadera toma de conciencia, que nos ayude a decidirnos por el camino estrecho que nos conduzca a la legítima obediencia a la voluntad de nuestro Padre celestial. Dios nos ha legado la preciosa revelación de la Palabra de Dios, y dentro de nosotros mora el Espíritu Santo de Dios.